

SENTIDO EVANGÉLICO DE LA ESPIRITUALIDAD DE TERESA DE LISEUX (P. Liagre)

- 1.- CREER EN EL EVANGELIO 2
- 2.- EL DESARROLLO DEL MENSAJE EVANGÉLICO HASTA TERESA DE LISIEUX 4
- 3.- TERESA ENCUENTRA SU CAMINO 6
- 4.- ORIGINALIDAD DEL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX 7
- 5.- FE EN EL AMOR MISERICORDIOSO 9
- 6.- EL DESEO DE AMAR 12
- 7.- HUMILDAD 14
- 8.- CONFIANZA 17
- 9.- TERESA DE LISIEUX Y EL ESPÍRITU SANTO 20
- 10 -LA RENUNCIA EN TERESA DE LISIEUX 24
- 11 - TERESA DEL NIÑO JESÚS Y LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO 27
- 12 - LA ORACIÓN EN TERESA DE LISIEUX 30
- 13 - EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO EN TERESA DE LISIEUX 33
- 14 - LA CARIDAD EN TERESA DE LISIEUX 36
- 15 - LA SENCILLEZ EN TERESA DE LISIEUX 38
- 16 - LA OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO 41

1.- CREER EN EL EVANGELIO

El pregón de la "Buena Nueva" que resuena por primera vez en Galilea, sacude el corazón del hombre, exigiéndole de manera inexorable una transformación radical, para dar cabida a lo inaudito, a lo inesperado; que Dios nos ofrece gratuitamente el Reino de Dios: "Cambiad el corazón y creed en el Evangelio" (Mc. 1, 15).

Esta oferta divina requiere un total vaciamiento humano. Un despojarse de las propias categorías, un trasponer las razonables posibilidades humanas para instalarse en un nuevo orden de absoluta sorpresa para nuestra inteligencia y prudencia. Dios nos trae su don en la persona y en el mensaje de su Hijo. Lo más humilde para nosotros, lo más digno para El, es recibirlo tal como es; sin tener la osadía de pleitear con El para delimitarle las fronteras de "hasta dónde debe llegar la dignidad de Dios en su darse a la criatura".

Y esa transformación requerida ¿cómo se realiza? De un modo sencillo, inesperado: "Creed en el Evangelio ". Fe en el amor de Dios. Amor de iniciativa. El comienza.

Fe en el Amor Misericordioso - nada hay en nosotros merecedor de tal don -. Bueno, es decir, si lo hay... Es precisamente nuestra nada, nuestra incapacidad. Porque Dios, que es Amor, anhela darse, quiere ser amado. Y la alabanza de su gloria (Ef. 1, 4-6) estriba precisamente en esta iniciativa suya misericordiosa.

Fe en la más sorprendente de todas las noticias: que Dios es nuestro Padre, que nos ama con infinita ternura e inmensa complacencia en nuestra pequeñez, cauce providencial de la manifestación de su misericordia.

Fe, confianza. Jesús no exige más, ni menos. Fe rebosante de vida, porque abraza la confianza, la esperanza y el amor...

Por usar la misma metáfora que Jesús, el vino nuevo, generoso, lleno de fuerza de la "Buena Nueva evangélica" exige la capacidad de un corazón también nuevo, virgen, y así receptivo de todo lo divino. Un corazón consciente de nuestra radical impotencia humana; sólo así nos vigorizará ese vino con optimismo sobrenatural. De otra suerte con "odres viejos se derramaría todo el vino y se perderían los cueros" (Mt. 9, 17).

Ante el pregón de Jesús no caben componendas de piezas viejas, porque El nos regala un vestido nuevo, cuyo paño tundido no soporta el remiendo que nosotros intentáramos colocar (Mt. 9, 16).

Sí; es una transformación total de la que resulta un nuevo ser (EL 2, 10), una "nueva criatura", "un hombre nuevo en Cristo". Porque ante El no vale "ni la circuncisión ni el prepucio", es decir, ni nuestras riquezas, ni nuestras buenas cualidades de posible ciencia o prudencia, humana, "sino sólo la nueva criatura", la que cree en el Evangelio firmemente, la que no estriba en sus propias obras ni en la estabilidad de su virtud, ni en lo indómito de su temperamento, ni siquiera en la bondad de su naturaleza, sino sólo en la gracia, en el don que le viene de lo alto.

Esa criatura es "nueva" porque no ha comenzado con nada suyo; únicamente tiene abiertas las manos y el corazón para recibir, para llenarse de esa gracia, de ese Amor

Misericordioso que hambrea darse y no encuentra más dique que nuestra personal saturación y suficiencia. Fe en el Evangelio. Es la actitud más querida a Jesús. "Confía, hijo, te son perdonados tus pecados" (Mt. 9, 2). "Tu fe te ha salvado" (Mt. 9, 22). "Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que os ha enviado" (Jn. 6, 29). "Todo es posible al que cree" (Me. 9, 22).

Fe sencilla, ingenua, amorosa en el Padre que hace salir el sol sobre los justos e injustos, que cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza y que cuida de nosotros con más solicitud aún que con la que proporciona alimento a las avejillas del campo.

Vivir en esta disposición es sencillamente "creer en el Evangelio", es entrar en la morada del Reino de nuestro Padre Dios. La vida discurre feliz y confiada, esperándolo todo del Padre que nos ama. En sencillez de espíritu y de corazón, se goza de todo, ¡es tan fácil lo que se nos pide!... el gesto del niño que no se opone a que su Padre lo aúpe y lo lleve "a casa" en brazos.

Esta nueva Ley nos libra de la maldición de las obras, de la excitación de nervios ante las continuas caídas, de la preocupación angustiosa ante un previsible porvenir de infidelidad! - ¿cómo fiarse de sí?-

Nada de esto entra en la nueva Ley. Aquí no cabe más que sencillez, entrega abandono en los brazos del Padre; pero esto, en realidad no es más que una actitud de confianza vigilante y serena, atenta al momento presente como a la manifestación más concreta y existencial de la voluntad amorosa de Dios. Nada más. Esto es "creer en el Evangelio".

2.- EL DESARROLLO DEL MENSAJE EVANGÉLICO HASTA TERESA DE LISIEUX

A lo largo de casi dos milenios, de manera más o menos consciente, la hagiología cristiana beberá de esta pura fuente de santidad: pura y límpida porque es manantial de gracia, de don.

Y decimos "más o menos conscientemente", porque, en la providencia misteriosa que Dios guarda con su Iglesia, se observan dos trazas, que miradas a la luz de una teología de la historia, nos parecen mutuamente subordinadas a los esplendores del Reino de Dios en la Parusía.

Por una parte, es una evolución del dogma, en el sentido de una mayor explicitación, de una más clara toma de conciencia de lo que ya contenía aquel originario grano de mostaza "plantado en un campo". Por otra, vemos en Dios insistencia en señalarnos continuamente el origen, para que volvamos nuestra mirada a las fuentes puras del Evangelio y Tradición primera, de donde toma su sentido la profesión de fe que hace la Iglesia en el correr de los tiempos.

Sobre esta doble trayectoria, en realidad convergente, podríamos trazar todavía una línea que se interfiere sobre las otras dos. Es la actuación misteriosa del Espíritu Santo, rector y alma de la Iglesia, cuando en un momento determinado de la historia, quiere que cobre especial relieve tal verdad dogmática, siempre profesada por la Iglesia, pero que ahora adquiere una singular expresividad y muestra un más potente dinamismo en orden a impulsar a las almas hacia la perfección evangélica.

Echemos una mirada sintética sobre la historia de la espiritualidad (aceptando de antemano los riesgos de toda generalización) y veremos que ésta, largos siglos, ha seguido más bien un movimiento purificativo (?) y antropocéntrico. Sobre esta dirección, no es difícil el señalar las influencias gnóstica, neoplatónica, maniquea, protestante... y por fin, jansenista.

Todas ellas parten como de supuesto de la maldad radical de la materia y, por consiguiente, del hombre; conciben la meta como un esfuerzo de superación, de purificación, para ir siendo paulatinamente "menos indignos de Dios, porque en El está el fin, la perfección y la felicidad del hombre".

Este esfuerzo ascético se advierte ya en los Padres del yermo. También -aunque ahora con ribetes humanísticos - cuando después del contacto cultural con los árabes hispanos, transmisores de la literatura helénica, penetra en la mentalidad del occidente cristiano el ideal ascético de los neoplatónicos. Se tiende a una sublimación humana, por medio del autocontrol, como condición previa de todo comercio con la divinidad. Esta tendencia, más o menos larvada, persiste hasta la escuela francesa de los siglos XVII al XIX (con su gran carga de jansenismo) exceptuando a San Francisco de Sales y a San Vicente de Paúl.

Hasta que Dios irrumpe en nuestros caminos y escoge un alma para una misión en su iglesia. No tememos usar esta frase tan grave y aplicarla a Teresa, a pesar de creer que son

pocas las veces que Dios haya intervenido de una manera tan indudable y perentoria en marcar a un ser humano con una misión trascendente en orden a purificar toda la espiritualidad cristiana.

3.- TERESA ENCUENTRA SU CAMINO

Esta alma, pura docilidad en las manos de Dios, centró toda su carrera en la ofrenda al Amor Misericordioso, en las fiestas de la Santísima Trinidad de 1895. Notémoslo bien: se entrega al amor y a la misericordia para dejarse colmar de Dios, de sus dones gratuitos.

Esta preciosa ofrenda es una corona que culmina la doctrina teresiana y resume, en sencillez, plenitud y verdad, todo el "caminito" de la santa. Se entrega al Amor como a un fuego para ser consumida por él. Así el acto de ofrenda es la expresión definitiva de la espiritualidad evangélica. Ella se ofrece para dar a Dios el gozo de la expansión de su amor.

La criatura se borra; sólo Dios aparece. Es la realización de la "Metanoia"(El cambio de corazón). Este acto de ofrecimiento tuvo una gestación larga y dolorosa que Teresa misma explica en el capítulo XI de "Historia de un Alma". Largo tiempo sintió ella en sí el acuciamiento de realizar muchas vocaciones simultáneamente incompatibles: carmelita, esposa, madre y... guerrero, sacerdote, apóstol, doctor, misionero, mártir.

Estas ansias insatisfechas que daban la penosa sensación de una vida frustrada, bulleron mucho tiempo en su alma. Por fin, un día, la lectura de los capítulos 12 y 13 de la Epístola primera a los Corintios hizo luz meridiana: "Al fin había encontrado el descanso para mi alma... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diversos miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor era quien ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor se apagase, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio...

Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra que el amor es eterno. Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: "¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis señalado; en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor. Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado."

Pocos días después de su ofrenda, el 14 de Junio, se siente herida por un dardo abrasador... Teresa tiene otra nueva preciosa experiencia de los efectos de esta consagración al Amor. Su vida ya no será más que una apoteosis de amor. Incomprensiblemente, este amor y este gozo van creciendo, y la invasión es tan desbordante que en el mismo lecho de muerte, Teresa tiene que desahogarse:

¡"Qué feliz soy de verme imperfecta y de tener tanta necesidad de la misericordia de Dios en el momento de mi muerte!"

4.- ORIGINALIDAD DEL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX

Dejemos la palabra a Hans URS VON BALTHASAR que en su luminosa obra, "Teresa de Lisieux. Historia de una misión", afirma: "En la misión que cada uno recibe, se cifra esencialmente la forma de santidad que se le da y exige. El cumplimiento de esa misión se identifica para él con la santidad a que se le destina y que puede ser por él alcanzada. De ahí resulta que la santidad es algo esencialmente social y, por ende, algo sustraído al capricho del individuo. Dios tiene de cada cristiano una idea que le marca su puesto dentro de la comunidad de la Iglesia. No hay peligro de que esta idea, que es única y personal y que encarna la santidad destinada a cada uno, no sea para alguno suficientemente elevada y amplia. Esa santidad participa de la infinitud divina y es tan sublime que, por nadie, fuera de María fue perfectamente alcanzada. Realizar esta idea que descansa en Dios, realizar esta "ley individual" que es una ley sobrenatural, libremente trazada por Dios, es el supremo fin del cristiano. "

Así Teresita ora: "Yo deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y llegar al grado de gloria que me habéis preparado en vuestro reino: en una palabra, quiero ser santa".

Pues bien, en Teresa de Lisieux, este designio de Dios está plasmado con tal fuerza, determinando su psicología, su espiritualidad, en una palabra, su vida toda, que llegará un momento en que Teresa como que se despersonaliza: Teresa es su misión. Teresa se sabe en todo momento instrumento consciente de un amor que está en ella, pero que no es de ella y sólo ha sido dado para difundirse con más fuerza sobre las almas, atrayéndolas a la confianza filial en Dios. Aquí radica, precisamente, el soberano atractivo de Teresa. Teresa es lo que es porque es una copia viva del Evangelio. André COMBES dice en el libro: "Santa Teresa de Lisieux y su misión". "En la mayor parte de los santos, sobre todo en los más populares, la fidelidad al Evangelio ha dado lugar a una actividad tan poderosa y bienhechora que, si se pudiera hacer en ellos abstracción de lo sobrenatural, su vida permanecería llena de méritos humanos. Si Cristo no hubiera sido el Hijo de Dios, Pablo de Tarso seguiría siendo un gigante de la propaganda religiosa, Agustín de Hipona un poderoso genio, Tomás de Aquino un prodigioso pensador, Vicente de Paúl un modelo de filantropía, y hasta Teresa de Ávila una maravillosa organizadora de vida profunda y de mansiones propicias al recogimiento...Teresa de Lisieux ella, no ha dicho nada. Tenía razón al afirmar: en comparación de los grandes santos, ella tiene las manos vacías de toda clase de realizaciones humanas, hasta de todo género de virtudes espectaculares. Pero, precisemos. No ha hecho nada... más que dejar que Dios modelara su vida interior sobre el ideal del Evangelio; es lo que constituye su carácter específico entre los santos. No ha hecho otra cosa más que buscar el Reino de Dios y su justicia; por eso se le ha dado todo lo demás por añadidura".

Teresa, sin el Evangelio, no sería nadie. Toda su gloria y su grandeza está en esa identificación, hasta una íntima estructuración del yo, con el Evangelio. Así resulta que el mensaje de Teresa es de una perennidad inmarcescible. Su misión es la de hacernos tornar los

ojos y el corazón a las fuentes mismas de la tradición, a la Escritura, para que aquélla salga rejuvenecida y vigorosa.

Las dulces experiencias de su hogar prepararon maravillosamente su psicología para la comprensión del atributo más caro a Dios, su paternidad. Teresa lo trató siempre con la confianza más tierna y audaz. Se introdujo en lo más íntimo de Dios, "Dios es caridad", y su Amor, tiene una fuerza de expansión infinita. Pero este amor que por plenitud esencial no puede buscar nada positivo en la criatura, busca, eso sí, una cosa, y con toda la fuerza de su vitalidad: capacidad para derramarse. Es decir, pobreza, miseria, nulidad consciente y querida, abierta y hambrienta de la invasión de ese amor divino expansivo, y por eso mismo misericordioso.

Teresa ama su pobreza y su debilidad no por sí misma. Lo que en realidad ama es aquel estado que le permite descubrir el amor de Dios y le proporciona esa finísima sensibilidad para la percepción de la gracia. Esta es precisamente la pobreza que parte del Sermón de la Montaña y es condición eterna para toda comprensión de la gracia:

"Yo no puedo apoyarme en nada, no puedo apoyarme sobre ninguna de mis obras para tener confianza... Pero la conciencia de esta pobreza ha sido para mí una verdadera luz. He pensado que nunca en mi vida he podido pagar ni una sola de mis deudas con Dios y que esto, si yo quería, era para mí una verdadera riqueza y una fuerza... Me doy cuenta que esta gracia no se puede pagar... ¡Se experimenta tan gran paz en ser absolutamente pobre, en no contar más que con Dios!".

Lo que ella predica y vive es sencillamente el Evangelio, es decir, la noticia de que la gracia, la salvación, se nos da, no por nuestros méritos, sino exclusivamente por el amor invasor del Dios misericordioso. "Dad gratis lo que gratis habéis recibido" (Mt. 10, 8).

Pero no nos engañemos, Teresa tiene un temple heroico; su alma, modelada por el don de fortaleza, tiene arrestos de soldado. Tras su palabra sencilla se esconde un conocimiento carismático de la Escritura envidiado por muchos sabios. Una vez más, Dios ensalza a los humildes, y también, una vez más, en Teresa, Dios ha confundido a los soberbios al brindarnos la experiencia teresiana. En adelante, después del testimonio de esta experiencia, ya no tendremos derecho a temblar los pusilánimes y los cobardes, sino a estar robustos en la confianza.

En Teresa vemos lo que el Evangelio puede hacer de un alma pequeña que lo ha adoptado como único principio de vida.

5.- FE EN EL AMOR MISERICORDIOSO

"Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene". Estas palabras que leemos en la primera Epístola de San Juan, son el eco de sus más íntimos sentimientos; brotan del corazón del discípulo amado como un canto triunfal.

Con términos parecidos e igual estremecimiento de alma, la Carmelita de Lisieux expresa su fe en el Amor Infinito de Dios. Su santidad, su doctrina, su vida toda, son la manifestación de esa fe. La fe en el Amor, fe firme, sencilla, ingenua, es la esencia del espíritu de Teresa, su más íntimo secreto.

Se habla mucho, y no sin fundamento, del amor de Teresa a Dios Nuestro Señor. El amor es el móvil de sus actos el término de su perfección; es su sello característico. Teresa es el amor filial viviente, el Evangelio vivido. "No he dado a Dios más que amor". "Ya lo he dicho; lo único que vale es el amor". Pero se olvida cuál fue la raíz, el verdadero secreto de ese amor a Dios: Su fe en el Amor de Dios hacia ella. La razón de este olvido es que Teresa vive esta fe con tal sencillez, con tan encantadora naturalidad y profundidad, que sentimos su influencia sin que se nos ocurra analizarla o formularla en un principio vital.

La oración en frase de Santa Teresa de Ávila es: "Tratar de amistad con quien sabemos nos ama". En la mente de la gran contemplativa, la condición primera e indispensable para que reine esa amistad entre Dios y el alma es, por parte de ésta, una fe firme, inquebrantable en el amor de Dios hacia ella. Fe divina que le infunde la seguridad, la certidumbre de ser amada por el Todopoderoso.

Teresa del Niño Jesús vivió en grado eminente esta verdad. No sin designio especial de Dios, Teresa, huérfana de madre desde su primera infancia, se volcó en la persona de su padre, y adquirió la experiencia, digámoslo así, del amor paterno más tierno y solícito. Nada tiene pues de extraño que apenas oyó hablar de Dios, de un Dios Bueno, de un Dios que es "Nuestro Padre", su alma de niña se sintiese naturalmente inclinada a representárselo a imagen de su padre de la tierra.

Y aplicó a Dios, superado hasta el extremo, hasta lo infinito, el amor de su padre, su ternura, su solicitud. Dios se presenta al espíritu como un verdadero Padre; el Padre más amante, el más tierno, el que sintetiza en Sí mismo la verdadera y auténtica Paternidad en su más alto grado. Dios es nuestro Padre. Esta es la primera enseñanza del Evangelio. Y la vida de Teresa, es el comentario más sencillo y más hermoso del Evangelio.

La atmósfera en que vivió y se expansionó el alma de Teresa fue, desde el principio la fe en el amor paternal de Dios hacia ella, en el amor de Dios su Padre, ante quien se ve niña pobrecita. Y esta fe es la raíz de donde brota toda su vida espiritual con sus virtudes características: amor, humildad, confianza, abandono, alegría.

Estas virtudes, tan sencillas y evangélicas, son como el fruto espontáneo de la fe en el Amor de un Dios Bueno; El mismo la depositó en el alma de Teresa, como grano de mostaza destinado a convertirse en árbol frondoso ¡Alma privilegiada! dirá alguno. Ciertamente, pero su privilegio consistió no tanto en haber recibido ese don, cuanto en comprender que lo había

recibido. Por eso se le confió la misión de enseñarnos que tenemos el mismo privilegio que ella; el de ser objeto del amor paternal de nuestro Padre Dios.

Su vida es sencillamente vida de fe; fe esencialmente evangélica; fe en el amor de Dios al hombre. Su alma tiene la persuasión de que es infinitamente amada. Y para corresponder a este llamamiento del amor, sólo tiene un deseo, un ideal: amar. La fe pura es el faro que la ilumina y a su luz camina sin inquietud, sin vacilación.

Cuando las tinieblas invaden su espíritu, (estado de alma muy frecuente en la Santa), será también su fe, fe cierta en el Amor de su Padre, quien la guíe y sostenga. Nos lo descubre ella misma: "¡Es tan dulce servir a Dios en la noche de la tribulación!" "¡No tenemos más que esta vida para vivir de fe!". La prueba suprema de Teresa fue el eclipse de su fe durante año y medio: ¿El porqué de este eclipse? Quiso sin duda Dios Nuestro Señor purificar la fe de Teresa, perfeccionar su alma despojándola de todo lo sensible, intelectual, afectiva, espiritualmente. Así llegó a la consumación de la santidad.

Algunos meses antes había escrito: "¡Sé que por encima de esas negras nubes brilla el sol de mi existencia!". ¿A qué sol se refiere? Nos lo ha dicho ella misma en la línea precedente: "el astro del Amor". ¿Cómo lo sabe? Por la fe. La fe en el Amor es la clave de su santidad. Enseñanza sumamente aleccionadora. La fe evangélica es una mirada al Amor. De ella brota la inteligencia de las cosas divinas. El Amor, objeto de la fe de Teresa, tiene un carácter particular, carácter profundamente evangélico.

Es el Amor Misericordioso. En el estado actual Dios nos ama, no solo gratuitamente, sin mérito alguno por nuestra parte, sino que nos ama a nosotros, miserables, a pesar de nuestra miseria o más exactamente, a causa de nuestra extrema y excesiva miseria. Dios Nuestro Señor en sus inescrutables designios, habiendo previsto el pecado y su triste secuela de miserias y dolores, escogió, decretó y creó el mundo en que vivimos para manifestar su gloria. Cuanto más creamos en el Amor Misericordioso, más glorificáremos a Dios.

Pero nuestro orgullo rehúsa creer en esta característica del amor Divino, porque le repugna el reconocimiento de la miseria humana. El soberbio no quiere ser objeto de la pura misericordia de Dios. No comprende el Amor Misericordioso. No se trata precisamente de comprender este Amor; se trata de creer en él, sencilla y firmemente, como Teresa de Lisieux. La comprensión será el fruto de esta fe; comprendemos acaso internamente, íntimamente, la Redención, la Encarnación, la Eucaristía? ¿Bastará la razón, bastará la metafísica para entender esos misterios? No por cierto; sólo el humilde de corazón acepta o reconoce la absoluta miseria humana y cree en ese incomprendible misterio sin pretender desentrañarlo; cree y se sumerge en él sencillamente, como Teresa.

Si la fe en el Amor Misericordioso es condición necesaria para la inteligencia de estos misterios, ¡cuánto más lo será para una participación efectiva a en los mismos! "¡Lo que agrada a Dios es el amor que siento a mi pequeñez y mi pobreza; es la esperanza ciega que tengo en su Misericordia!" Los teólogos tenemos una gran tendencia a razonarlo todo. Pero para conocer a Dios es preciso adquirir la humildad de espíritu y creer en El con una fe pura, tal como nos la propone el Evangelio: fe en el Amor puramente Misericordioso de Dios al hombre.

El Amor Misericordioso de Dios atrae, invita, apremia a nuestro pobre corazón. Y si éste corresponde, la fe entra más plenamente en posesión de su objeto divino.

Nuestro corazón necesita del bien que Dios en Sí mismo nos ofrece. "Dios que es rico en misericordia, por el inmenso amor con que nos ha amado, cuando estábamos muertos por nuestros pecados, nos vivificó en Jesucristo". "Y esta caridad consiste, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó el primero, y envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados". "Y nosotros hemos conocido y hemos creído en la caridad de Dios hacia nosotros: Dios es caridad".

Esta es la fe que nos predica el Evangelio. Teresa la comprendió. Pidámosle nos alcance la gracia de comprenderla como ella. Creamos sencillamente, humildemente en el amor Misericordioso de nuestro Dios. ¡Humíllese nuestra ciencia orgullosa; ¡reconozcamos nuestra ignorancia y miseria! Y pidamos la gracia de las gracias; la de vivir esta fe con todas sus consecuencias. ¡Ahí está la santidad!

6.- EL DESEO DE AMAR

"Amemos pues a Dios, puesto que Dios nos amó el primero".

¿Qué efecto producirá en un alma sincera la fe en el Amor Misericordioso de Dios?

Respondo: "el deseo de amar". En la doctrina de Sta.Teresa del Niño Jesús, es elemento tan esencial como su fe en el Amor. Cuando un alma se persuade de que Dios Nuestro Señor, en su Amor Misericordioso, la ama infinitamente, a pesar, a causa de su miseria; cuando lo cree con una fe interna, inquebrantable, brota en ella un deseo; amarle, entregarse sin reserva a la acción Misericordiosa del Amor.

No puede ser de otro modo; en el alma humana hecha para amar, e impotente para hacerlo cual quisiera, el deseo, precede y despierta el amor. ¿No es éste precisamente el mensaje Evangélico a las almas degeneradas por el pecado? "Señor, dame de ese agua". Todo el Evangelio está contenido en esas palabras. Y es maravilloso ver de qué manera tan sencilla y eficaz ha conseguido el Señor inspirar al alma pecadora el deseo, la confianza de alcanzar el amor. Es el Evangelio vivo.

Así lo entendió Teresa al leer en San Juan el pasaje de Jesús y la Samaritana. "Dios Nuestro Señor que no necesita de nadie, no teme hacerse mendigo del amor de su criatura. Y dice la Santa abriendo de par en par su alma: "La palabra de Jesús moribundo, "Tengo sed", resonaba constantemente en mi corazón y lo encendía en un ardor desconocido. Anhelaba calmar la sed de mi Amado". En los tratados de espiritualidad se observan dos tendencias o escuelas. La una considera el amor como término de la perfección; la otra como principio o punto de partida. Teresa pertenece, sin género de duda, a esta segunda escuela. Tan clara es en ella esta tendencia, que al principio, no pocos partidarios de la tendencia opuesta se escandalizaron.

El amor es en ella el motor que impulsa al alma y la fortalece en la vía del renunciamento. En este sentido puede decirse que fue antes mística que asceta. Su ascética está enteramente orientada hacia la mística. En realidad todas las escuelas, todos los autores espirituales coinciden en considerar el "deseo de la perfección" como propio de principiantes; pero pocos son los que dan a ese deseo su verdadero nombre; ¡amor!

Más bien dan a entender que el amor es el término; lo presentan como una recompensa a los esfuerzos del alma. Eso equivale a conducirla por caminos rudos y trabajosos; la ascensión es lenta, a veces triste, con frecuencia estéril y deprimente. Teresa por el contrario, sintió que la confianza dilatava su alma, y llena de santa audacia quiso amar desde el principio. De ahí su alegría, su valor y fortaleza en medio de su miseria.

Su pensamiento se traduce en una carta a su prima María Guérin: "Me pides un medio para llegar a la perfección; no conozco más que uno; el Amor". No pudo expresar su idea con mayor claridad. El Amor es el único medio. En su tendencia hacia la santidad - nos dice en su Historia de un alma- sólo conoce un camino: "Lo único que deseo es agradar a Jesús". Es decir, amarle. Es el secreto de Teresa; deseo humilde y confiado de amar a Dios. Humilde,

porque reconoce la propia nada. Confiado, porque todo lo espera de Dios que es Amor Misericordioso.

Aquí se ve con la mayor evidencia la necesidad de la fe en el Amor Misericordioso. Se palpa al mismo tiempo su eficacia omnipotente que convierte en motivo de confianza la consideración de la propia miseria, causa no pocas veces de depresión o desaliento. Este no tiene lugar en el alma que cree en la incomparable bondad de Dios. Creer en su Amor y esperarlo todo de El, es tributarle la gloria que espera de nosotros. Repitámoslo: esto es puro Evangelio.

El Amor atrae hacia Sí a los que están lejos de El, el hijo pródigo, la mujer adúltera, la Samaritana, María Magdalena. Las páginas de ese libro divino no son otra cosa que un llamamiento del Amor que invita al amor, a los miserables, a los pobres, a los impotentes y débiles, es decir, a los hombres todos. Invitación que implica una gracia particularísima; despierta en el alma el deseo de entregarse sin reserva al Amor Misericordioso, y la confianza gozosa de vivir en El y para El.

¿Quién es Aquel que atrae a la joven religiosa? Es el Amor Infinito, infinitamente amable, que tiene sed del amor de su criatura, pobre e impotente. Ante ese Amor infinito, ¿cómo poner límites al amor humano?

Notemos de paso, que en la misma proporción en que crecen sus deseos, crece también el sentimiento de su miseria, de su impotencia, de su debilidad, de su pequeñez. Teresa es el modelo del alma que, sincera y sencillamente, se entrega al deseo de amar, deseo que llega a ser ilimitado. Esto se explica fácilmente. Dios Nuestro Señor, sediento del amor de su criatura, enciende en el alma que se le entrega, un fuego divino que la consume, acrecentando en ella hasta lo infinito esos santos deseos. Lo que nos enseña la Teología de nuestra participación en la naturaleza divina, divinización del alma humana por la gracia, y su transformación en Dios, no son sino fórmulas que expresan la acción del Dios Amor en orden a la transformación del alma. Somos transformados en su misma imagen, conforme al Espíritu del Señor.

La vida de Teresa del Niño Jesús es la enseñanza viva de esta profunda teología, enseñanza que está al alcance de todos. Su vida es una prueba palpable de que las almas pequeñas pueden alcanzar el amor en una vida ordinaria sin éxtasis ni revelaciones. No por los actos heroicos, sino por su fe en el Amor Misericordioso.

Creemos en la palabra de Teresa: "No he dado Dios más que amor". Y recojamos celosamente la respuesta ya citada a una de sus hermanas que, la víspera de su muerte, le pedía una palabra de despedida: "Lo único que vale es el Amor". He aquí una síntesis del Evangelio.

7.- HUMILDAD

Jesús, llamando a Sí a un niño... dijo: "El que se hiciere pequeño como este niño, es el mayor en el reino de los cielos". Estas palabras en boca del Salvador, parecen una revelación de la santidad de Teresa.

Se cuenta que un día una Religiosa de la Visitación, dijo a San Francisco de Sales: "Yo quisiera llegar al amor por la humildad". Y yo, respondió el santo, "deseo llegar a la humildad por el amor". Palabras profundas que muestran la afinidad de alma existente entre el Santo Obispo y la Carmelita de Lisieux.

Representémonos a esta alma, profundamente Impresionada, casi sobrecogida, al considerarse objeto del Amor Misericordioso de Dios. ¿Qué efecto producirá en ella la vista de su pequeñez, de su miseria, de su nada? No podrá menos de comprender que si Dios se inclina hacia la criatura para manifestar en ella su Amor Misericordioso, es precisamente a causa de su miseria. Lejos pues de desanimarse se alegrará de reconocerse ante el Señor tal cual es.

Ese conocimiento será el medio, la condición necesaria para recibir las comunicaciones del Amor Misericordioso. Olvidar, ignorar la propia pequeñez equivaldría a hacerse indigna del Amor Misericordioso de Dios. Viéndose por el contrario envuelta en la infinita Misericordia, descansará humildemente en el conocimiento de su miseria que considera a la luz de la fe. Tal consideración le produce una alegría inefable. Este es el espíritu de Teresa. La luz de la verdad divina inunda su alma. La vista de su miseria no es sino un medio para comprender mejor la Bondad del Amor Misericordioso. Para ella descansar en su pequeñez es descansar en Dios.

La humildad, en frase de la gran Santa Teresa de Ávila, es la verdad. Palabra exacta. Pero Teresa del Niño Jesús ha sabido proyectar una nueva luz sobre esa frase de su Madre. El alma de Teresa es el mejor tratado de la humildad. Paréceme que los tratados sobre esta virtud, en especial los que pretenden explicarla con cierta profundidad, fácilmente ocasionan equívocos en materia de humildad. De tal manera complican la teoría, que inevitablemente dificultan la práctica. Y nada más sencillo que la humildad; complicarla es deformarla. Señalar procedimientos, proporcionar fórmulas, escalonarla por grados equivale a fomentar la ocupación propia, siendo así que la humildad consiste precisamente en el olvido de sí mismo

¿Cómo conseguirlo? Cada vez que comprobemos nuestra imperfección y pobreza, volver la mirada a Dios dulcemente. La confianza plena en su Amor Misericordioso, es el mejor homenaje al Padre de las Misericordias, homenaje que le es infinitamente agradable. Fe en su Amor, y confianza en su Misericordia, es en realidad el único medio verdadero de unirnos a Dios en la verdad.

El deseo de amar, si es sincero, ha de ser humilde, pues lo que pretende es, no encontrar al Amor por sus propios esfuerzos, sino atraerlo hacia sí por la exposición de sus necesidades. El deseo de amar al Amor Misericordioso, implica el reconocimiento de la propia nada y supone una actitud humilde que glorifica a Dios y despierta el amor. Así y solo así se

puede amar la propia pequeñez. Se comprende pues, que los Santos, y muy particularmente nuestra Santa, se hayan gozado en la contemplación de su pobreza y pequeñez. "Sí, Dios mío, me siento feliz de comprobar mi debilidad en vuestra presencia, y mi corazón permanece en paz".

"Quien conoce su miseria no se mira a sí mismo, sino al Amado" Este es el verdadero desprecio de sí, el auténtico olvido propio. Teresa lo experimentó y siente una necesidad creciente de sumergirse en él. No se hace ilusiones: con toda sinceridad confesará en los últimos días de su vida: "Qué feliz me siento de verme tan imperfecta, tan necesitada de la Misericordia divina en la hora de mi muerte". Y añade: "Tengo muchas flaquezas, pero no me sorprendo... Es tan dulce sentirse débil y pequeña"

¡Cuánto sabor encierra esa palabra, "es tan dulce!" Es la satisfacción de quien vive la verdad, de quien se reconoce ante Dios tal cual es. Teresa sabe que para acercarse a Dios, para pensar como Dios, para unirse a Dios, ha de permanecer tranquila y gozosa en el desprecio y olvido de sí. ¿Qué hacer en las caídas que se repiten con frecuencia? "Una mirada a Jesús -¡siempre esa mirada de confianza y de amor!- reconociendo la propia miseria, es la mejor reparación". Que borra las faltas y las convierte en motivos de amor. Teresa es un alma de luz; ama sinceramente su pequeñez y debilidad porque lejos de ser obstáculo al amor de Dios, le ayudan a olvidarse de sí, condición necesaria para amar a Dios solo.

No hay que confundir la humildad con la pusilanimidad: Comprendiendo que a los ojos de Dios "lo único que vale es el amor", fomenta en su alma los deseos de acrecentarlo más y más en el ejercicio de las pequeñas virtudes, los pequeños sacrificios, las mil naderías de la vida ordinaria. "Las obras extraordinarias -dice- no están a mi alcance. ¿Cómo demostraré a Dios mi amor, si éste se prueba en las obras? Por mis pequeñas acciones y sacrificios. ¡Como niña, sembraré de flores su camino! -Y añade-, y Jesús las mirará complacido".

El amor engendró y perfeccionó la humildad. El amor de Dios entra libremente en el corazón que a El se entrega y devora, consume, arroja fuera todo resabio de estima y de amor propio. La luz expulsa las tinieblas. Teresa sabe lo que dice cuando trata de convencer a las almas deseosas de amar, de que sólo aceptando su pequeñez y pobreza podrán hacerlo cual quisieran. Para pertenecer a Jesús hay que ser pequeña. He ahí la perfección. Esto no deja de ser un privilegio, pero ¡cuánta humildad se necesita para aceptarlo! ¡Y qué pocas almas aspiran a ser desconocidas!

Casi inconscientemente, en nuestros deseos de perfección, alimentamos la secreta pretensión de ser algo; tal pretensión es un obstáculo para el Amor. No puede el Señor realizar en el alma su obra, sin abolir la preocupación propia que se opone al desarrollo y a la consumación de la humildad. El amor sólo se alcanza en la humildad o por la humildad.

Poco antes de morir, Teresa, consumada en el amor divino y abismada en las tinieblas de una noche oscura decía: "Lo único que veo es mi propia nada". No tenemos pues dificultad en corroborar el juicio que de sí misma se había formado nuestra Santa. "La obra más grande que el Todopoderoso ha realizado en mí, es el haberme mostrado mi pequeñez y mi impotencia para todo bien".

El Amor Omnipotente hizo el vacío en aquella alma, que le estaba enteramente entregada; esta fue su obra, su verdadera obra maestra.

8.- CONFIANZA

"Humildad que produce desaliento, es falsa humildad", decía el Cura de Ars. Pero, ¿cómo es posible no desalentarse a la vista de la propia debilidad e impotencia? "La santidad consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en manos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y con una confianza casi audaz en la Bondad de nuestro Padre". Esto es puro Evangelio.

La confianza equilibra el alma. ¿Habrá que llamarla correctivo de la humildad? No, la humildad no necesita corrección, digamos más bien "contrapeso". Humildad y confianza; a estas dos palabras se puede reducir toda la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús. De hecho esas virtudes son el desarrollo normal de su alma; de toda alma que tiene fe en el Amor infinito de Dios hacia la criatura. Desde este punto de vista, humildad y confianza se compenetran, casi se confunden; en efecto, el alma no podría alegrarse en la consideración de su debilidad y miseria, si no tuviera la seguridad de ser objeto del Amor Misericordioso.

Pero la certeza de ese Amor le mueve a gozarse tanto más cuanto mejor conoce su pequeñez y su nada; no puede menos de alegrarse sabiendo que el Amor Infinito de quien lo espera todo, es el Omnipotente. Si "la humildad que descorazona es falsa humildad" no es una virtud. No lo es porque no tiene el contrapeso de la confianza en el Amor; no lo es porque no se ha enraizado en la fe, en el Amor Misericordioso, base y fundamento de la confianza.

¡Humildad y confianza! Dos virtudes inseparables en la perfección cristiana; inseparables porque son complementarias. La humildad sin confianza lleva a la pusilanimidad, al desaliento. La confianza sin humildad conduce a la presunción y a la temeridad.

La vida de Teresa está como impregnada de confianza, ¡confianza de niña! Esto explica el matiz verdaderamente infantil de su humildad, su predilección por todas aquellas expresiones, imágenes y comparaciones que conducen al alma a la infancia espiritual. Toda ella está penetrada de confianza filial.

En la vida espiritual de Santa Teresa de Lisieux, el punto de partida, lo hemos dicho, son los deseos; deseos inmensos, ilimitados. ¿Cómo explicar tales deseos en esta niña tan consciente de su pequeñez? Evidentemente, por la confianza; confianza filial en la bondad de Dios, su Padre. Sabe que el amor de Dios a la criatura es enteramente gratuito; sabe y cree con fe firmísima, que ese Dios que es Amor, desea comunicársele. Según eso, limitar sus deseos de amar sería indicio de desconfianza; desconfianza, no de sí misma sino de Dios. No limitará pues sus deseos, porque tampoco tiene límites su confianza en el amor de Dios hacia ella. Reconociéndose como un átomo insignificante, pero con capacidad para amar, se deja atraer y se sumerge en la hoguera del Amor Infinito que quiere llenarla de El, sumergirla en El, y transformarla como El en amor...

La confianza que se fundamenta en esta fe, en esta seguridad, no puede tener límites; de ella brotan los deseos, también ilimitados de perfección, de santidad, de amor. Cuando considero el espíritu de nuestra Santa, me viene a la memoria una profunda reflexión del P.

Faber; "la virtud menos cultivada en la vida espiritual es la esperanza". La vida de Teresa es, como por contraste, una confirmación clara y decisiva de esa frase. La esperanza, es decir, la confianza, dilata su alma y la lleva a la cima de la santidad.

Esta virtud desempeña un papel de primer orden en la santidad de la Santa Carmelita. Ante este género de santidad tan sencilla y atrayente, no pocas almas se detienen dando oídos a esta reflexión desalentadora: "Teresa fue favorecida por gracias verdaderamente extraordinarias". ¿De dónde viene esta idea? Supone un desconocimiento de lo que significa en la vida y en la doctrina de Teresa la virtud de la confianza. Puesta esta virtud como base esencial e insustituible de la santidad, deja de ser inverosímil que un alma, por pequeña y pobre que sea, quiera elevarse a la vida de intimidad con Dios. Es evidente por el contrario, que sin la confianza basada en el Amor Omnipotente de Dios, fallará por su misma base todo esfuerzo, todo deseo. La confianza es, pues, la llave del "Caminito" de Teresa del Niño Jesús.

Sólo la confianza podrá conciliar la incompatibilidad existente entre dos extremos; la debilidad de las almas y la fortaleza que les es necesaria; esta virtud es el puente imprescindible entre la humildad y la magnanimidad.

El alma confiada sentirá que en la medida de su debilidad aumenta su fortaleza. Solo la confianza explica esta paradoja. La confianza es la fortaleza de Dios, la Omnipotencia de Dios al servicio del alma; el alma verdaderamente confiada obliga a Dios, en virtud de la gratuidad de su amor, a realizar en ella su obra santificadora. Teresa tiene la convicción profunda de que Dios es el autor de la santidad. Viéndose débil e impotente hace suya la Omnipotencia divina, mediante la confianza en el amor infinito y gratuito de Dios. Y con él se siente fuerte; de ahí sus deseos, sus resoluciones, sus obras que alcanzan límites extremos.

¿Tendremos que citar los textos en que la Santa nos descubre su confianza? Son numerosos pues tanto sus palabras como sus escritos abundan en esos sentimientos. "Jesús todo lo puede; la confianza hace milagros". Oigamos su llamamiento, sin atribuir estas palabras a los excepcionales dones de Teresa: "¡Oh si las almas débiles e imperfectas como la mía, sintiesen lo que yo siento, ninguna desconfiaría de llegar a la cima de la montaña del Amor!". ¿Qué es pues lo que siente? Que la confianza hace posible lo imposible. "La confianza hace milagros". "El recuerdo de mis faltas me humilla... pero me habla más aún de misericordia, de amor. Cuando llena de confianza filial arrojo esas faltas en la ardiente hoguera del amor, no pueden menos de ser consumidas para siempre".

La vista de sus defectos, de sus debilidades, es para ella motivo de confianza. "No siempre soy fiel pero jamás me desanimo; me abandono en los brazos de Jesús y en El encuentro con creces lo que había perdido". "Confío en Jesús y le cuento mis infidelidades". Piensa ingenuamente, "adquirir por ese medio mayor influencia sobre su Corazón y atraerse su Amor". "He encontrado el medio de ser feliz y de sacar partido de mis miserias". "Nuestro Señor mismo me conduce por ese camino".

Y cuando lleguen en las pruebas más desconcertantes, sequedades, oscuridades y hasta tentaciones... "nada podrá espantarme, ni el viento, ni la lluvia, ni los negros nubarrones que pudieran ocultar el astro del Amor; antes bien, entonces extremaré mi confianza, sabiendo

que por encima de esas oscuras nubes, sigue brillando el sol". Fe en el amor, a ultranza.
"¿Quién me separará de la caridad de Cristo? Nada me podrá separar de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús".

Su hermana la Madre Inés se afligía viéndola sufrir. "¡Oh, no se aflija! Si me ahogo El me dará fuerza. ¡Le amo! El nunca me abandonará" La confianza que es su punto de apoyo en su ascensión hacia la santidad, le da firmeza en las obras. La confianza en el valor apostólico del amor y del sacrificio por amor es la gran fuerza de la Santa. ¿Quién podrá sospechar la influencia de esta acción oculta, tanto más eficaz cuanto más escondida? Dice San Juan de la Cruz que un solo acto de amor puro es más provechoso a las almas y a la Iglesia que todas las obras exteriores.

La vida de Teresa es una confirmación de que la debilidad es nuestra fuerza. Pero insistimos en la idea no bastante conocida, de que sólo la confianza pudo realizar tal milagro: confianza invencible, obstinada, heroica. La fe en el amor y, como consecuencia, la confianza, dilatava su alma y la impulsaba a entregarse al Todopoderoso; de este modo los obstáculos, incluso su debilidad, se convertían en medios. Lo que para muchas almas es motivo de desaliento y dificultad en sus relaciones con Dios, era para Teresa el medio de elevarse sobre sí misma hasta el Corazón de Dios. Precisamente porque se veía débil se fiaba del Amor.

9.- TERESA DE LISIEUX Y EL ESPÍRITU SANTO

Los que son llevados por el Espíritu Santo estos son hijos de Dios. La característica de Teresa es la infancia espiritual; su "caminito" es el camino de la infancia, y en concreto es el camino de los hijos de Dios según el Evangelio. San Pablo dice de manera explícita: "Los hijos de Dios son los que se dejan conducir por el Espíritu Santo". Esta es la explicación lógica de la vida y de la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús.

Todo el mundo está de acuerdo en que la finalidad de la ascética es someter a las almas a la acción interior del Espíritu Santo. Sólo bajo su influjo puede desarrollarse en el alma la vida sobrenatural, la vida divina, la santidad. Existen métodos que no tienen en cuenta este principio; no parece sino que pretenden convencer al alma de que todo depende de su trabajo, de sus esfuerzos personales, de sus múltiples y complicadas resoluciones.

En lugar de dilatar el alma ayudándola a olvidarse de sí y encaminarse a Dios por la fe en el amor, la humildad y la confianza, dichos métodos la repliegan sobre sí misma. Trabajo laborioso y estéril el de esos mil exámenes que la consumen y no sirven sino para hacerla concebir un verdadero hastío de la vida espiritual.

Reconocen, ciertamente, el valor y la necesidad de la oración, pero en la práctica, en lugar de ayudar a las almas a someterse a la acción de Dios, único Autor de la Santidad, la acostumbran a fiarse de sus propios esfuerzos en el trabajo de la perfección. No otra cosa se consigue con estos métodos complicados que presentan las virtudes con divisiones y subdivisiones sin fin.

A estos métodos se refería sin duda Teresa cuando decía: "A veces cuando leo ciertos tratados en que la perfección aparece erizada de obstáculos, mi pobre espíritu se cansa; cierro entonces el libro que me rompe la cabeza y me seca el corazón y abro la Escritura Sagrada; entonces todo me parece luminoso, la perfección me resulta fácil; basta reconocer la propia nada y abandonarse con la sencillez de un niño en los brazos de Dios". "¡No puedo comprender ni menos poner en práctica ciertos libros!" Serán buenos para almas más grandes que la mía; yo me regocijo de ser pequeña: porque "Sólo los niños y los que se les asemejan entrarán en el Cielo" (Mat. 19, 14).

Hemos de confesar efectivamente que esos métodos distan mucho de la sencillez evangélica. La sencillez es la característica de la ascética de Teresa. Enseña a las almas a buscar a Dios para que El las libre de sus miserias; deben dejarse atraer por Dios, entregarse a El, contar siempre con El. Esto equivale a decir que Teresa procura vivir bajo la influencia y la acción del Espíritu Santo. "Siempre he sentido el deseo, escribe Teresa, de llegar a ser santa. Pero ¡ay! cuando me comparo con los santos, veo que entre ellos y Yo existe la misma diferencia que hay entre las altas montañas cuya cima está más allá de las nubes, Y el grano de arena pisoteado por los transeúntes. En lugar de desalentarme pienso: Dios Nuestro Señor no inspira deseos irrealizables".

Detengámonos un instante; con qué precisión razona la Santa. Dios -el Espíritu Santo- no despierta jamás en el alma deseos irrealizables; cuando inspira deseos tiene intención de

satisfacerlos, de colmarlos con creces. Los deseos son en el alma, como el fruto de la acción del Espíritu Santo.

La palabra "deseo" se encuentra constantemente en los escritos de Teresa; indicio verdaderamente significativo. "Entonces pensé: Dios Nuestro Señor no inspira deseos irrealizables; puedo por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. ¿Qué hacer? Crecer me es imposible; debo resignarme a ser tal cual soy, con mis innumerables imperfecciones, pero quiero encontrar el medio de ir al cielo, por un camino muy recto, muy corto, un camino enteramente nuevo. Estamos en el siglo de los inventos; ya no hay que tomarse el trabajo de subir los peldaños de una escalera; un ascensor los reemplaza con ventaja. ¡Yo quisiera encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús!, pues soy demasiado pequeña para subir la empinada cuesta de la perfección".

¡Cuántas almas piensan esto mismo, pero se quedan desalentadas al pie de la escalera! "Entonces abrí la Escritura Sagrada, esperando encontrar en ella la solución que necesitaba; y leí estas palabras de la Sabiduría: "Si alguno es muy pequeño que venga a mí" (Prov. 9, 4 y 16). "Me acerqué pues a El, presintiendo que había descubierto lo que buscaba. Deseando saber qué hará el Señor con el alma pequeña que a El se acerque, me encontré con estas consoladoras palabras: "Como una madre acaricia a su hijo, así yo os consolaré, os llevaré en mi regazo y os meceré sobre mis rodillas" (Is. 66, 13). "¡Ah, jamás he escuchado palabras tan tiernas y conmovedoras! ¡Vuestros brazos, OH Jesús, son el ascensor que debe llevarme al Cielo! Para esto no tengo necesidad de crecer, al contrario, he de procurar ser más pequeña cada día".

Los brazos de Jesús, en lenguaje no metafórico sino teológico, significan el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo. Sus dones son a manera de brazos que nos elevan. "Ascensor". Esta palabra expresa con precisión admirable la obra del Espíritu Divino. En verdad, la obra de la santidad no se lleva a cabo sino bajo la influencia del Espíritu Santo que es quien mueve al alma, quien la lleva, quien la levanta hasta la perfección de la caridad, hasta la santidad. ¿Cómo corresponder a esta obra? ¡Humildad y Confianza! "Teresa, iluminada por el Espíritu Santo comprendió perfectamente esa palabra de la Sabiduría "Ser pequeño", es decir, conocer y amar la propia impotencia y "buscarle a El", al Amor infinito; ése es el ascensor divino. Y entonces no somos nosotros quienes subimos: es El quien nos eleva, y al alma sólo le toca dejarle hacer, seguir su movimiento ascendente. El nos elevará por encima de nosotros mismos, de nuestros defectos, y poco a poco nos librá de nuestro "yo" egoísta. ¡ Esta es su obra esencial, obra divina para cuya realización sólo pide al alma un gran deseo acompañado de una confianza total en si misma, y de una confianza sin límites en El, en su amor gratuito y omnipotente. ¡Humildad, confianza! Este es el meollo de la santidad, de la espiritualidad de Teresa; como punto de partida, el deseo de amar a Dios sin medida; humildad, y confianza. Entonces el alma se entrega y sube al ascensor divino. Pero, ¿y la corrección de los defectos?, ¿y la adquisición de las virtudes?, ¿y la cooperación humana en el trabajo de la perfección? En la mente de Teresa, todo está compendiado en esta sencilla fórmula; entregarse a Dios con

humildad y confianza. La sinceridad debe caracterizar al alma que se entrega enteramente al Amor Misericordioso, sin tener en cuenta sus defectos y miserias.

Crear en el Amor; recalquemos una vez más la extraordinaria importancia de la fe en el Amor Misericordioso. Evidentemente, el alma ha de cooperar con su trabajo, con sus propios esfuerzos... pero en esta labor no tanto se mira a sí misma cuanto a Dios; no tanto trabaja cuanto se entrega a la acción de Dios en quien deposita toda su confianza. No se ha de olvidar que Dios es el primer agente de la santidad. El alma que se siente amada de Dios conoce experimentalmente esta verdad palpando la acción divina en su propio trabajo. De ahí su confianza y su fortaleza que la mueve a obrar con humildad, con suavidad, con paz; sin agitación, sin impaciencia, sin inquietud, sin apresuramiento y por encima de todo sin desaliento.

Cuando Teresa era Maestra de Novicias, una novicia se desalentaba porque el éxito no correspondía a sus esfuerzos por corregir sus defectos. "Es usted como un niño pequeño que empieza a tenerse en pie y aún no sabe andar. Quiere llegar a lo alto de una escalera para encontrarse con su madre, y levanta su piecito intentando subir el primer peldaño. En vano; cae y recae sin poder adelantar. Pues bien, sea usted como ese niño. En la práctica de las virtudes levante su pie para subir la escalera de la santidad, pero no se crea capaz de llegar ni al primer peldaño. Dios Nuestro Señor no pide más que su buena voluntad. Desde lo alto de esa escala, El la mira con amor; vencido por la inutilidad de sus esfuerzos, no tardará El en bajar y tomándole en sus brazos la llevará para siempre a su reino".

Aquí vemos descrita la cooperación del alma en el trabajo de la perfección. Dios Nuestro Señor no pide más que nuestra buena voluntad, nuestro deseo de complacerle, y nuestros pequeños y estériles esfuerzos. ¡Es lo único que está a nuestro alcance! El lo sabe, y si perseveramos con humildad y confianza a pesar de nuestros repetidos fracasos en el deseo de complacerle, nos tomará en sus brazos y nos llevará...

Otra vez el símil del ascensor, pero aquí se describe el trabajo del alma en cooperación al de Dios. ¡Qué paz, qué sosiego experimenta el alma que con esas disposiciones se esfuerza y trabaja en la adquisición de las virtudes! Orientada hacia Dios, descansa en El en medio de su actividad, y de El se fía plenamente, aún en sus fracasos e imperfecciones. La gran ocupación y preocupación del alma no es ya el progreso en la virtud, sino el deseo de agradar a Dios, único norte de su vida.

¡Entrega! ¡Dejarse hacer! ¡Renuncia! Ahí está la santidad. Porque "La santidad no consiste en tal, o cual práctica; consiste en una disposición del corazón que nos mantiene humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y plenamente confiados en su bondad de Padre". Pero ¡qué pocas almas viven en esta disposición!... "Hemos de resignarnos a permanecer siempre pobres y débiles y esto es lo difícil; amemos nuestra pequeñez, nuestra impotencia; entonces seremos pobres de espíritu, y Jesús bajará hasta nosotros y nos transformará en incendio de amor". Todo ayuda, pues, al alma a unirse con Dios que es el Único necesario.

A este estado invita Teresa a las almas pequeñas; al estado de los hijos de Dios, que se dejan atraer, que se dejan llevar por el espíritu de Jesús, es decir, por el Espíritu de Amor.

Esto es puro Evangelio. ¡Hagámonos niños!

10 -LA RENUNCIA EN TERESA DE LISIEUX

¿Cómo concibe Teresa del Niño Jesús la renuncia? La renuncia en la mente de Teresa es una consecuencia del amor; del amor en su punto de partida, del amor en su marcha progresiva hacia la perfección.

Renunciarse, es, pues, amar; no a sí mismo sino a Dios que atrae al alma con fuerza irresistible. De ahí ese matiz atractivo y gozoso que presenta en Teresa la ley de la renuncia; es una faceta de la ley de la caridad. El amor, el deseo de amar a Jesús es el motor de la voluntad y la muerte del amor propio.

En definitiva, el Evangelio es la esencia del amor; exige la renuncia al amor egoísta para que entre en nuestro corazón el amor de Dios, único que puede satisfacerle. La renuncia al yo se efectúa en virtud del Amor, por el Amor y para el Amor. Esta es la significación de la palabra del Maestro: "Mi yugo es suave y mi carga ligera", porque es el Amor quien impone esa carga y el Amor quien la lleva.

Brotó en su alma el deseo de no desperdiciar ninguna ocasión de sacrificarse. Y estas ocasiones se le presentaban a cada paso, en cada instante, en cada detalle de la vida cotidiana. Esto es lo ordinario en la vida de todas las almas... Pero dejamos escapar las ocasiones, con frecuencia pasan desapercibidas. ¿Por qué? Porque la mirada del amor no es bastante luminosa; porque el deseo de agradar a nuestro Padre no está bastante despierto. Cierto, los sacrificios que constantemente ofrecía Teresa, eran pequeños, insignificantes si se quiere. Pero ¿acaso se nos exigen grandes renunciaciones en el Evangelio? "Señor, ¿cuántas veces y en qué cosas renunciaré a mi mismo?", dice Kempis en su Imitación de Cristo. Y el Maestro responde: "Siempre y a todas horas, en lo pequeño y en lo grande sin exceptuar nada; en todas las cosas te quiero desprendido de todo".

La renuncia es pues absolutamente necesaria siempre. Por lo tanto ha de ejercitarse principalmente en las cosas pequeñas y en las pequeñas ocasiones. Nuestras vidas -en su mayor parte- se componen de cosas pequeñísimas. En este punto Teresa es un verdadero maestro. Pequeños sacrificios, sí, pero continuos, ininterrumpidos; ahí radica el heroísmo de Teresa, su santidad.

Prácticamente, en toda vida humana, la única y verdadera grandeza a los ojos de Dios, consiste en hacer las cosas pequeñas con mucho amor; en renunciar por Dios a esa serie de insignificancias de que está tejida nuestra vida.

En general, tenemos una idea demasiado material, demasiado externa de la renuncia. Nos la representamos en su aspecto negativo de privación de algo material o de mortificación corporal, y consecuentes con esta idea trabajamos por encontrar ocasiones de sacrificar algo, de privarnos de algo, siendo así que la renuncia ha de ser continua.

La renuncia es ante todo y sobre todo y casi exclusivamente, algo interior, espiritual; de ningún modo es sinónimo de mortificación o de privación. Debemos renunciarnos siempre, aunque actualmente no tengamos ocasión de mortificarnos en nada. Porque la renuncia es una

disposición del alma, que la mueve a olvidarse de sí; disposición sincera, continua, determinación de no contemporizar con las tendencias naturales, de olvidarse de sí, de prescindir del "yo".

Tal era la renuncia de Teresa, disposición interna, represión de las actividades y del apresuramiento naturales, control de los deseos y de los sentimientos, de los recuerdos y de la imaginación. Una verdadera mina de pequeños sacrificios que en su mayoría pasaban desapercibidos. Aún cuando esta actitud del alma se reflejase al exterior por una renuncia externa y material, su fuerza estaba en la postura interna de olvido propio y de orientación hacia Dios. Eso es el alma de la renuncia.

Si esa actitud es sincera, en ocasiones se traslucirá al exterior; pero, ya lo hemos dicho, la esencia de la renuncia no consiste en el acto externo, sino en la polarización de la vida hacia Dios. Así se comprende perfectamente que el empeño de Teresa en su afán de no desperdiciar ninguna ocasión de, sacrificarse no le causara la menor inquietud, ni degenerase en meticulosidades o estrechez de espíritu. Nacía de su deseo de agradar siempre y en todo a Dios, su Padre. Es verdaderamente sincera en su deseo de dar gusto al Señor.

Estos pequeños sacrificios, celosamente aprovechados, no son sino el fruto espontáneo de su amor siempre despierto. Y su afán de aprovechar las más pequeñas ocasiones lejos de producir en ella preocupación, inquietud o estrechez de espíritu, dilata su alma y la llena de alegría: alegría en el don que se confunde con el gozo en el amor.

¡Qué idea tenemos tan equivocada de la renuncia! La consideramos como un ejercicio triste. Casi despreciable; como una práctica penosa, fatigosa. Es que no vemos más que su aspecto negativo, y con ese matiz no puede menos de resultar fastidiosa. Es la muerte del "yo", y la muerte, por sí misma, repele y horroriza. Pero Teresa ve en la renuncia algo más; renunciarse ¡es amor, es vida!

Hay un segundo prejuicio contra la renuncia. Imaginamos que exige una represión continua, un esfuerzo violento, ininterrumpido; un control implacable de todos los movimientos del alma y del cuerpo; una inversión absurda del modo normal de vivir, en una palabra, un ejercicio antinatural y penosísimo. Teresa con su concepción de la renuncia ha echado por tierra ese prejuicio casi universal y repelente.

La Santa sabe ofrecer sus pequeños sacrificios con la sonrisa en los labios, y con el corazón dilatado por la confianza y el amor. "Desde que no me busco a mí misma soy la persona más feliz del mundo". La explicación de este fenómeno es siempre la misma; la renuncia y el sacrificio no representan para ella un trabajo rudo y complicado, fatigoso y triste. Muy al contrario: ve en ella la práctica del olvido propio; el movimiento del alma que se lanza hacia Dios en un impulso de amor, descargándose, en su carrera hacia El, de todo aquello que pueda retardar o detener su marcha. Todo ello con la mayor naturalidad y sencillez como si se tratase de una necesidad más que de una renuncia.

Para terminar recordemos un rasgo poco conocido de la vida de Teresa; rasgo de poco relieve quizá, pero muy significativo. Era en los últimos días de su vida. La Madre Inés de

Jesús le preguntó: "¿ Para llegar a vencerse tan perfectamente, habrá tenido que luchar mucho?" Y Teresa, con una expresión profunda en la mirada, respondió: "¡Oh! no es eso...".

"¿No es eso?" ¿Quiso pues decir que no luchó? De ningún modo, sino que esa lucha no tenía un matiz violento, penoso y triste, como parecía deducirse de la pregunta de su hermana; lo que Teresa quería decir era esto: "No, no he luchado mucho, sino que he amado mucho". Cuando se ama, la lucha deja de serlo y se convierte en una necesidad; la necesidad de agradar al Amor.

En suma, Teresa enunciaba a su modo, en cuatro sílabas, el principio de psicología ascética, formulado por San Agustín: Donde hay amor no hay trabajo...Nadie ha demostrado como Teresa que el amor todo lo suaviza, todo lo facilita.

11 - TERESA DEL NIÑO JESÚS Y LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

"Si vivimos del Espíritu, obremos por el Espíritu". Santa Teresa dijo en cierta ocasión: "Quiero que Jesús se apodere de mis facultades de tal manera, que mis acciones humanas y personales se transformen y divinicen, bajo la inspiración y dirección del Espíritu de Amor". Esto debe desear toda alma que tiende sinceramente a la perfección, a la santidad. Esto es lo que condujo a Teresa a la santidad. Y puesto que su deseo, como dice expresamente, es que las almas pequeñas nada tengan que envidiarle, veamos cómo toda alma de buena voluntad puede llegar a realizar este ideal de vida divina.

Recordemos algunos puntos de doctrina fundamentales.

1. Los dones del Espíritu Santo y las virtudes sobrenaturales, se le confieren al alma en el Bautismo, juntamente con la gracia santificante.

2 Estos dones se confieren a las almas cristianas, no para permanecer inactivas y estériles como sucede con frecuencia, sino para producir en ellas el pleno desarrollo de la vida de la gracia.

3. Los dones difieren de las virtudes en que disponen al cristiano no a poner en juego sus propias fuerzas, sino a recibir directamente de Dios, del Espíritu Santo, el impulso que le mueva a obrar. Los dones suponen las virtudes sobrenaturales y las perfeccionan. Gracias a ellos, el cristiano llega a serlo plenamente; es decir, obra y vive bajo la influencia de la acción divina.

4. Síguese de ahí, que los dones del Espíritu Santo y, por consiguiente, las gracias actuales especiales que los ponen en juego no son favores excepcionales o cosas extraordinarias que se conceden a algunas almas privilegiadas como la de Teresa del Niño Jesús, sino gracias ofrecidas y concedidas a toda alma cristiana de buena voluntad

Para entrar en esa región más elevada, en que según expresión de Teresa los actos humanos y personales se transforman y divinizan, el alma no debe poner en juego su propia actividad, no debe agitarse ni obrar por sí misma; su actitud debe ser más bien pasiva, para dar lugar a la acción del Espíritu Santo.

Esta postura es elemental; para dejarse conducir por otro es menester una actitud pasiva. Nuestra tendencia natural, iba a decir nuestra manía, es querer obrar por nosotros mismos; imaginamos que sin esta actividad, no hacemos nada en materia de perfección y de santidad; que el negocio de nuestra santificación depende ante todo y sobre todo de nuestra actividad personal. Y nuestro espíritu se detiene con fruición en ideas de propio engrandecimiento. Eso explica nuestras inquietudes, nuestra agitación, nuestra actividad natural. Tan es así, que cuando se trata de invertir el orden de nuestras actividades y se nos exhorta a la sumisión, a la docilidad, al movimiento e influjo del Espíritu Santo, instintivamente

tratamos de buscar nuevas actividades para conseguirlo. Es evidente que vamos por camino errado.

Para dejar al Espíritu Santo la vía libre - pues de esto se trata -, hemos de procurar permanecer internamente apaciguados en una actitud de serenidad, de reposo y de paz. Entonces y sólo entonces, podrá El realizar su obra.

Para nuestra Santa la solución está en dos palabras muy sencillas: (a ellas se reduce su vida y su camino) dos palabras que ya conocemos, pero que a la luz del tema que nos ocupa, adquieren nuevo significado, nuevo relieve e importancia. ¡Humildad y confianza! Ahí está todo. No busquemos otra explicación, ni la recarguemos con consideraciones superfluas; pero tratemos de profundizar con toda sencillez el nuevo sentido de esas dos palabras: ¡Humildad y confianza! ¡Dos disposiciones pasivas!

Reconocimiento sereno, plenamente aceptado de nuestra impotencia, de nuestra debilidad nativa, de nuestra incapacidad, de nuestra nulidad; aceptación sincera, libremente confesada en la presencia del Señor; primera disposición pasiva, y para decirlo en dos palabras, humildad sincera.

Entonces la mirada confiada del alma se vuelve hacia el Amor infinitamente Misericordioso de Dios, esperando que su acción Todopoderosa realice en la nada de la criatura que a El se entrega, su obra de santificación; confianza sin vacilación, segunda disposición pasiva.

Teresa supone, evidentemente, que las almas de buena voluntad, es decir, las que tienen un deseo sincero de amar a Dios y de agradecerle en todo, tienen también esas dos disposiciones, humildad y confianza. Entonces el Espíritu Santo actuará en ellas, las guiará, las iluminará, las fortalecerá y las conducirá rápidamente con suavidad y firmeza al grado de santidad a que Dios las destina.

Dispuesta el alma, atenta al interior, hará sencillamente en cada momento, lo que crea ser voluntad de Dios, olvidándose de sí, dejando a un lado sus propios gustos y deseos. El Espíritu Santo obrará libremente en ella, y sus Dones actuarán cada vez con más perfección.

En esta alma se hará realidad el deseo de Teresa; Jesús se apoderará de sus facultades de modo que sus actos humanos y personales se divinicen y transformen bajo la inspiración y dirección del Espíritu de Amor. ¡Dichosas las almas pequeñas que se dejan conducir por este Divino Espíritu! ¿Pequeñas?, notémoslo bien, porque para llegar a eso es preciso no querer indagar ni comprender el fin que se propone el Espíritu Santo, ni el camino por donde nos conduce, ni el resultado de su moción; en una palabra, se ha de entregar a ciegas.

El negocio de la santificación ya no es cosa nuestra sino de nuestro Divino conductor. ¿Por qué pues inquietarnos? ¡Fiémonos, confiemos en este Director Divino que todo lo sabe, que todo lo puede y que nos ama!

Entonces queda el camino expedito; el Espíritu Santo con un toque delicado, pone en juego los sentidos sobrenaturales que El mismo ha impreso en el alma, y que llamamos los Dones. El la mueve; es El en definitiva quien la libera efectiva y eficazmente de su egoísmo, de

su amor propio, de todos los defectos inherentes a nuestra vida humana y natural. Entonces, y sólo entonces, las virtudes, fe, esperanza, caridad... dan pleno rendimiento. El alma vive lo divino; la vida de la gracia tiene su pleno desarrollo.

Esta es la humildad de Teresa, la verdadera, la que nos enseña el Evangelio. Confianza, humildad y amor para entregarse a la acción del Espíritu Santo. ¡Esto basta! El pondrá en movimiento los dones.

¡Humildad, confianza, amor! ¡Qué ligadas están entre sí estas virtudes! En realidad, la confianza, supone el amor. La humildad y la confianza son el camino para el amor: nos lo enseña el Evangelio. ¿Quién nos conducirá al Amor, quién despertará en nosotros el amor? No serán nuestros esfuerzos ciertamente, sino el Amor, es decir, el Espíritu que es Amor.

Cuando decimos que el Amor ha de hacer su obra en nosotros, no pretendemos designar, con esa palabra "amor", un concepto abstracto, ni una tendencia moral de nuestra voluntad. El Amor es un ser concreto, personal, real, es Dios o lo que es lo mismo, el Espíritu de Amor. Este amor omnipotente, presente en nosotros quiere transformar y divinizar nuestra alma: El es, el "alma de nuestra alma". ¿Qué pide de nosotros? ¡Humildad y confianza!, condición indispensable para vivir de amor.

"La grandeza verdadera está en la vida de amor. Bien sé que no se llega de un salto, se necesita tiempo y, sobre todo fidelidad. Pero nada temamos. Nuestro Señor le ha abierto la puerta; nos ha hecho entrar en ese camino y nos conducirá hasta el fin". Es El quien nos conduce, es decir, su Espíritu que mora en nosotros.

Los Dones del Espíritu Santo no tienen otra finalidad que hacernos sensibles, manejables. ¿Dónde nos conducirá? Al Amor perfecto, hasta el punto de que no seamos nosotros quienes vivamos, sino el Señor quien viva y obre en nuestra alma con su dulzura, su paz, su fortaleza y su amor".

¡Humildad y confianza! El privilegio de Teresa del Niño Jesús consistió en haber caminado por esa vía desde el principio. Pero su "caminito" está abierto a todas las almas que, como ella, desean amar a Dios. Toda alma ha recibido igual que ella los dones del Espíritu Santo y goza de su habitación divina; teniendo por guía a ese Espíritu de Amor, llegará como Teresa a la cima del Amor.

La puerta de este "caminito" abierta a toda alma de buena voluntad, es la confianza humilde, la humildad confiada.

12 - LA ORACIÓN EN TERESA DE LISIEUX

"Yo te glorifico Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos". No es posible conocer a un alma profunda como la de Teresa, sin saber algo de sus relaciones íntimas con Dios, de su trato con El en la oración.

No hemos de esperar de ella un método. Esto sería remar contra corriente. A este propósito nos parece necesaria una observación preliminar. Teresa conduce a las almas desde el punto en que los métodos de oración no les son necesarios, y más bien serían una rémora para ellas. De ahí se deduce otra observación práctica: Teresa nos enseña con evidencia que, en un momento dado, hay que liberar a las almas de los métodos, y creemos, contrariamente a la opinión común, que este momento no tarda en llegar cuando se trata de un alma que se entrega con generosidad a la vida espiritual.

A los principios, la mayoría de las almas necesitan un método. Digo la mayoría, pues algunas más intuitivas - como la de Teresa- nunca tuvieron necesidad de él. Otras, en mayor número, sí que lo necesitan, pero es evidente que solo es un medio provisional. Las almas no llegan a la verdadera oración, sino en la medida en que se liberan de ese andamiaje artificial.

En general, nos apegamos fácilmente a nuestros medios humanos, a nuestros métodos en nuestra propia vida de oración. Confundimos el medio con el fin, de tal modo, que, en la práctica, no pocas almas confunden la oración con el método, y el abandonarlo les parece una infidelidad, aunque por otra parte les resulta penoso sujetarse a él.

Para hacer oración es preciso liberarse de todo lo que sea ficticio, y ponerse en la realidad. Nada menos sujeto a un método que la oración. Orar es someterse sinceramente a la acción de Dios, es decir al Amor infinito; es entregarse a El, humilde y confiadamente. Y lo que falta a muchas almas es precisamente la confianza en Dios; inconscientemente se fían de sí mismas, de su propio trabajo y esfuerzo, de sus industrias y métodos; con ellos cuentan y, consecuentemente, les conceden excesiva importancia.

¡Es lamentable! Es olvidar que Dios, y sólo Dios, es el autor de la santidad, y que el trabajo del alma consiste en someterse sencillamente a la acción de Dios. Este punto es elemental, y en teoría, todo el mundo lo sabe. ¡Pero cuán lejos estamos de vivirlo en la práctica! La mejor manera de comenzar la oración es hacer un acto de fe, firme y ferviente en el amor de Dios a la criatura miserable, y pedirle nos enseñe a corresponder a ese Amor.

Podemos pues, afirmar, que Teresa del Niño Jesús, que nunca usó de método en la oración, nos ha prestado un gran servicio, pues por el hecho mismo, nos recuerda qué es la oración; intercambio de amor entre Dios que es el amor esencial, y el hombre criado para amar, y que sólo de Dios puede recibir el amor que necesita; intercambio de amor entre la miseria de la criatura humana y la misericordia amorosa del Creador. Esa es la esencia de la oración; todo lo demás no son más que medios.

¡Es increíble hasta qué punto complicamos el trabajo de la inteligencia en nuestra oración! Razonamientos, sutilezas, divisiones y subdivisiones sin fin del tema hasta agotar su

contenido racional, sin más provecho que un agotamiento cerebral. Sacamos, eso sí, una conclusión lógica, muy lógica, que bautizamos con el nombre de propósito; resolución magníficamente racional, pero que en la práctica resultará perfectamente estéril y no tardaremos en olvidarla. La hemos hecho al margen e la realidad, de la verdad; es fruto de un trabajo humano.

¡Qué bien dijo Santa Teresa! "La oración no consiste en pensar mucho sino en amar mucho". Su hija, Santa Teresa del Niño Jesús nos dice eso mismo a su modo, no con palabras expresas, sino con su ejemplo, haciendo su oración con el corazón, es decir, amando. Notemos pues que la primera enseñanza de Teresa es ésta: La oración es una cosa sumamente sencilla. "No encuentro en los libros nada que me satisfaga. El Evangelio me basta".

Jesucristo se hizo hombre y vino al mundo para enseñarnos todo lo necesario en orden a la perfección, a la santidad. Y esta su enseñanza no fue razonada ni filosófica; sino sencilla, expuesta con palabras y lecciones llenas de luz y de vida, corroboradas por sus acciones, sus ejemplos, su vida toda. Esto es lo que encontramos en el Evangelio, el libro de Meditación por excelencia. Cuatro volúmenes escritos por Dios mismo, que nos muestran cuál es la perfección, practicada por un Dios, por nuestro Dios hecho hombre.

¿No sería razonable que todos los cristianos, especialmente las almas cristianas ávidas de perfección, dijese como Teresa del Niño Jesús, "El Evangelio me basta"? Tanto más cuanto que muchos podrían decir como ella: "No encuentro en los libros nada que me satisfaga". ¡Lástima que con tanta frecuencia nos apartemos de la verdad, siempre luminosa y sencilla, para entrar en un camino falso, artificial, complicado y fastidioso!

Teresa seguramente abría el Evangelio; leía algunos versículos, no muchos; el Evangelio no es un libro que se pueda asimilar a grandes dosis. Entonces, despertando su fe ingenua y sencilla en el amor de Dios, adoraba humildemente a este Amor infinito; pedía la gracia de comprenderle mejor a través de Jesucristo y se ofrecía a El para que realizase en ella su obra y le enseñase a corresponder a sus designios.

En esta actitud de fe, de humildad, de adoración y de deseo, miraba a Jesucristo y le escuchaba. En esa sencilla mirada su alma se empapaba en la contemplación de Jesucristo, de sus obras, de sus palabras. No buscaba más que al amor, y lo percibía profundizando la letra Evangélica hasta dar con el espíritu que la vivifica. Suavemente, sin prisa, sin agitación, su alma recibía nuevas luces; Dios se manifestaba más y más a ella, como un Padre infinitamente amante. Crecía en su corazón el deseo de amarle, y aprendía de Jesús, su modelo divino, la ciencia maravillosa de la caridad.

Así, sin cálculo, sin artificio, con la mayor naturalidad, formaba sus resoluciones si Dios se las sugería. Pero no se empeñaba en terminar su oración con lo que los libros denominan el propósito del día. Se renovaba y se reafirmaba, eso sí, en la firme resolución de hacerlo todo para agradar a Dios.

Salía de la oración, no con la cabeza cansada, sino con el corazón dilatado; no con muchas hermosas ideas, sino más deseosa de no desperdiciar ninguna ocasión de sacrificarse

para demostrar con estas naderías, como ella decía, la sinceridad de su amor. Las ideas, por muy hermosas que fuesen, pronto la hubiese olvidado Pero el deseo de amar se posesionaba cada vez más de su corazón, y se hacía efectivo a lo largo de las acciones del día.

Esa era la oración de Teresa. Bien podía decir que le bastaba el Evangelio. ¡Qué triste sería que a nosotros no nos bastase este libro divino! Aquí ocurre preguntar; ¿por qué muchas almas no encuentran en el Evangelio el alimento que necesitan? ¿Por qué no les basta la lectura de este libro? Quizá porque acuden a él con cierta curiosidad intelectual, deseando nutrir su espíritu de ideas y pensamientos nuevos; buscan en el Evangelio lo accidental, y dejan a un lado lo sustancial.

El Evangelio es el libro del Amor. No se ha de buscar en El más que amor. Quien se acerque al Evangelio con ese espíritu quedará iluminado. No creo que Teresa haya leído muchos comentarios del Evangelio. Sucede con estos comentarios lo que con los libros de meditación; es preciso desembarazarse de las dificultades y puntos oscuros que en ellos se encuentran, para dar con la savia vivificadora. Y de hecho no son los comentaristas quienes nos ayudan a esclarecer el sentido del libro sagrado. El único verdadero comentarista del Evangelio es el Espíritu Santo que ilumina a cada alma. Nos dijo Nuestro Señor: "Cuando venga el Espíritu Consolador... os recordará todo lo que Yo os he dicho".

13 - EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO EN TERESA DE LISIEUX

La paciencia fue un factor importantísimo en la perfección de Teresa de Lisieux. Su humildad, su confianza y su amor, se perfeccionaron en la paciencia. En este punto, Teresa se amoldó perfectamente al plan de Dios.

Es evidente que en el mundo actual, degenerado por el pecado, las penas que son secuela del mismo, tienen la misión, no solo de regenerar y salvar al hombre, sino de contribuir a su máximo perfeccionamiento.

Esto es indudable. Dios ha escogido este mundo, en el orden providencial actual, para que el hombre se santifique a pesar de su miseria, y para ello la paciencia es un medio esencial.

Siendo el sufrimiento consecuencia del pecado, (inevitable por lo tanto en la vida humana) la clave, el secreto de la perfección, consistirá en convertir el tal sufrimiento en medio de unión con Dios es decir, en motivación de amor. Esta es la misión de la paciencia en el trabajo de la perfección y de la santidad.

Teresa del Niño Jesús lo comprendió y lo vivió maravillosamente. La paciencia es, a sus ojos, el mejor acto de amor; el amor en su forma más frecuente y más auténtica. Veamos qué piensa Teresa de esta virtud. Fácil nos será después comprender las características de su paciencia. Ante todo -y esto es esencial para comprender la paciencia de Teresa -, veamos cómo en cada sufrimiento se acrecienta su fe en el Amor Paternal de Dios. Su fe en ese Amor es tan firme y tan sencilla, que aún las pruebas más duras y penosas a la naturaleza, las considera como una forma, como una expresión del Amor. Todo sufrimiento es según la concepción que de él tiene Teresa, un mensajero del Amor de Dios, porque es manifestación de la voluntad divina, es decir: del Amor. Consecuente con esta idea, Teresa descubre, bajo la áspera corteza de la cruz, la realidad divina del Amor, y a El dirige su primera mirada, penetrante, profunda y clarividente. Teóloga por intuición, la Santa no razona; cree. Su mirada es la fe, iluminada por la caridad. ¡Y qué certera es esa mirada!

Escuchémosla: "¿Cómo es posible que Dios, amándonos infinitamente, se goce en hacernos sufrir?" Y añade sin vacilar: "No, Dios no puede gozarse en nuestro dolor, pero éste nos es necesario. Lo permite, pues, como a pesar suyo". En esta frase sencilla y sublime, nos da a entender con precisión, el sentido providencial del sufrimiento en la mente divina. Teresa ha comprendido, como San Juan, que Dios es Amor, sólo Amor. No quiere Dios el sufrimiento por sí mismo. De hecho lo permite, muy a pesar suyo. El pecado ha creado la necesidad del dolor. Dios lo quiere pues, pero solo por amor como medio necesario para que el hombre recupere la caridad y con ella la felicidad perdida. ¡Qué bien lo ha comprendido nuestra Santa! El sufrimiento es un remedio, amargo sí, pero insustituible, dado el egoísmo humano, para recuperar la salud y la felicidad del alma.

"Dios nos purifica en el crisol del sufrimiento, y por este medio nos prepara a la divinización y transformación en El". Explicación perfecta del porqué del mundo actual, solución del problema del mal. Dios ha previsto el pecado; lo ha permitido para que más claramente se

manifieste su amor. El dolor, consecuencia del pecado, se abatió primero sobre el Hijo de Dios; después sobre nosotros, y, de esta forma, El nos demostró su misericordioso amor, y el hombre le glorifica más perfectamente. El sufrimiento, pues, está como impregnado, sumergido en el Amor. Una palabra más de Teresa que resume las precedentes. "La vida, el tiempo, no es más que un sueño. Dios nos ve ya en la eternidad. ¡Cuánto bien me hace esta idea! A su luz comprendo el porque del dolor". Teresa piensa como Dios, piensa a lo divino. Y ¿acaso se nos ha dado la fe para otra cosa? Pensando a lo divino, Teresa acepta el sufrimiento a lo divino, como verdadera hija de Dios. Su delicadeza filial que tan bien comprende el corazón de Dios, le sugiere fórmulas exquisitas. Vaya una como muestra: "A Dios que tanto nos ama, le cuesta mucho dejarnos en la tierra durante este tiempo de prueba; lejos pues de nosotras el repetirlo constantemente que no estamos a gusto; aparentemos no darnos cuenta de ello".

En realidad la paciencia de Teresa se ejercitó de ordinario en mil pequeñeces, semejantes a las que cada día encontramos en nuestro camino. Sufrimientos pequeños, ocultos, penosos, para su naturaleza sensible, dificultades de esas que también a nosotros nos hieren y molestan pero que por falta de fe, de esa fe despierta y amorosa, nos abaten, nos llenan de melancolía, y quizá, a pesar nuestro, nos hacen sombríos, mustios, fastidiosos a nosotros mismos y a los demás. Constantemente se nos ofrecen como a Teresa, ocasiones de ejercitar la paciencia, pero las dejamos escapar. ¿Por qué? Por falta de fe en el Amor, y por falta de vigilancia sobre nuestra conducta. En los momentos de dolor, en lugar de levantar los ojos y el corazón a Dios que lo permite en su amorosa Providencia, en lugar de unirnos a El por el sacrificio inmediato y espontáneo de nuestra voluntad en aras de la voluntad divina, nos replegamos egoístamente sobre nosotros mismos. ¡Qué pérdida tan incalculable!

Nuestras imperfecciones, faltas y defectos, esas mil cosas que no pocas veces nos abaten y aún nos irritan, son fuente perenne de pequeños sufrimientos. ¿Remedio? Ante todo y sobre todo la paciencia. "¡Qué feliz soy - decía Teresa- de verme imperfecta y tan necesitada de la misericordia de Dios!". La paciencia es también en esta ocasión, raíz y custodia de la humildad. La Santa Carmelita conoció asimismo las dificultades y penas interiores, sequedades, oscuridades, tentaciones. La aridez fue desde el Noviciado hasta sus últimos días, la atmósfera habitual de su alma. Su fe en el Amor la ayudó a sufrirlo y aceptarlo todo. Igualmente, Teresa acogió siempre con sumisión y aún con la sonrisa en los labios todas las pruebas grandes y pequeñas de su vida; penas de familia, enfermedad de su padre, su propia enfermedad. La alegría en el dolor fue el sello distintivo de la paciencia de Teresa. Gozo en el sufrimiento. No comprendemos de qué alegría se trata; imaginamos una alegría sentida, sabrosa, que evidentemente, es incompatible con la tristeza. Por instinto soñamos con un modo de sufrir que nos halague ensalzándonos a nuestros propios ojos. Queremos sufrir con gran fortaleza, ánimo y generosidad. Esa es la idea que nos hacemos de la alegría en el sufrimiento. Nada, más equivocado. Para sufrir, es preciso sentir la tristeza y la amargura, el desaliento y la propia impotencia. En la aceptación de todos esos sentimientos se ejercita la virtud de la paciencia.

Lo que importa es superar la amargura y todas las consecuencias naturales del sufrimiento, y una vez conseguida esta superación, buscar el descanso y la alegría. ¿En qué? En el deseo de agradar a Dios solo, sin mezcla de contento humano y personal. "Sólo una cosa me alegra; sufrir por Jesús; y esta alegría no sentida, supera todo gozo". "Alegría no sentida". No se trata, pues, de sentir la alegría en sí misma considerada, sino de apoyarnos firmemente en la convicción, de que aceptando el sufrimiento agradamos a Dios Nuestro Padre; ese ha de ser nuestro descanso y nuestro gozo. ¡Gozo no sentido, gozo espiritual, divino!

No creo equivocarme al pensar que la Santa ha querido animar a las almas pequeñas, hablándoles de esta alegría accesible a todas. ¿Cómo alcanzarla? Viendo, al igual que ella, en el dolor, una expresión del Amor de Dios. Haciendo de la paciencia, un ejercicio de amor filial. Entonces, el Espíritu Santo que mora en nuestra alma, hará en ella su obra, como la hizo en el alma de Teresa, y junto a la tristeza, compañera inseparable del dolor, florecerá el gozo, ese gozo de que nos habla San Pablo y que es, como la caridad, fruto del Espíritu Santo. Entonces la sonrisa aflorará fácilmente a nuestros labios, reflejando la alegría de nuestra alma. "Me esforzaba - dice Teresa- en sonreír ante el sufrimiento, para que el Señor, al ver la expresión de mi rostro, no sospechara mi sufrimiento". Expresión llena de ingenuidad si se quiere, pero reveladora de una altísima sabiduría. ¡Es un alma que ha sabido comprender a Dios! Ahí está todo.

14 - LA CARIDAD EN TERESA DE LISIEUX

"Mis mandamientos se reducen a uno; amaos los unos a los otros". Estos dos amores, amor de Dios y amor del prójimo son inseparables. Así lo comprendió Teresa; oigamos sus confidencias: "Procuraba ante todo amar a Dios, y amándole a El, comprendí el deber de la caridad en toda su extensión". "Cuando más unida estoy a Jesús, más amo a todas mis Hermanas".

Había comprendido a su Maestro. Jesús ama a Dios su Padre, y en virtud de ese amor, ama también a los hombres porque el Padre los ama, y se entrega por ellos. "Quien dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso ¿Pues quien no ama al prójimo a quien ve, cómo amará a Dios a quien no ve?" Amar a Dios que nos ama; amar a los hombres porque Dios los ama; es la esencia del Evangelio. Teresa lo comprendió y lo vivió.

La Sabiduría evangélica que tan bien entendió Teresa, se reduce a una palabra; ¡Amor! Amor a Dios y en El a todos los hombres. "La caridad es la plenitud de la ley". Pero, notémoslo, la práctica de esta Sabiduría es humilde y modesta. Condición esencial para que nuestra caridad sea real y no imaginaria, para que exista, no en fórmulas y palabras, sino de hecho y en verdad.

En nuestra vida real, nuestras relaciones con el prójimo, con nuestros hermanos, se reducen a una serie de circunstancias vulgares, insignificantes, de pequeños detalles; en ellos hemos de practicar la caridad, el olvido propio. Desperdiciar esas ocasiones es exponerse a vivir de ilusión, reduciendo nuestra caridad al terreno de la teoría. Al contrario, la verdadera práctica de la caridad consiste en estar alerta para descubrir y aprovechar esas pequeñeces. .

"Una sonrisa, una palabra amable, cuando quisiera callar o mostrar disgusto". Nada más a nuestro alcance que esta forma de vivir el don total. Otro detalle: "Prestaba pequeños servicios sin darles importancia". O bien: "Si me quitan una cosa de mi uso, demostrar satisfacción por verme libre de ella". Estos rasgos tan insignificantes nos revelan la delicadeza de su caridad. Y nos enseñan que esta virtud implica el olvido propio. Y eso es lo que de ordinario nos falta. Aún en el deseo de practicar la caridad, nos mueve a veces el secreto afán de parecer caritativos.

Nada de eso se advierte en nuestra Santa: "No debo ser complaciente para parecerlo o para ser correspondida". Y recuerda las palabras de Nuestro Señor: "Y si hacéis bien a los que bien os hacen, ¿qué mérito es el vuestro? Puesto que aún los pecadores hacen lo mismo" (Lc. 6, 33). Qué sugerente es su interpretación de estas otras palabras del Maestro: "Al que te pida dale... y al que quisiera quitarle la túnica alérgale también la capa" (Mat. 5, 40). ¿Qué entendemos por "alargar la capa"? - dice Teresa- Renunciar a los más elementales derechos; considerarse esclavo de los demás. Esto es puro Evangelio. Y, notémoslo, Teresa se da cuenta de que, "lejos de agradecer sus servicios, abusarán quizá de su amabilidad. Fácilmente cargarán de trabajo a las que siempre están dispuestas a ayudar".

¿Cuál será su conclusión práctica? Merece la pena subrayarlo: "No debo alejarme de las Hermanas que fácilmente me piden favores". Conoce los subterfugios del egoísmo y

recuerda las palabras del Maestro: "No tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo" (Mat. 5, 42). Nada tiene pues de extraño que se imponga como regla de conducta: "No basta dar al que me pida, es menester adelantarme y mostrarme muy honrada de que me pidan un favor".

Citemos un rasgo de cómo vivió nuestra Santa este principio. Había en el Carmelo una Hermana anciana y enferma que apenas podía andar. Era difícil contentarla; había que sostenerla por detrás, por delante; andar ni demasiado deprisa ni demasiado despacio; en llegando al refectorio había que instalarla de cierta manera, recogerle las mangas a su modo, disponer los cubiertos, cortar el pan también a su modo. La pobre enferma se quejaba constantemente. Teresa se ofreció a ayudarla y se hizo su esclavita. Y con paciencia llegó a hacer sonreír a la pobre Hermana. ¡Qué ejemplo tan sugestivo! Para conquistar las almas no bastan los ademanes, correctos pero fríos; es preciso amarlas, es preciso entregarse.

El olvido propio, es decir la caridad, exige con el don total de sí mismo, la benevolencia con el prójimo. La práctica de la caridad no será perfecta, si no soportamos pacientemente al prójimo. "Pacientemente". No olvidemos que la paciencia es la raíz de toda virtud. La primera condición necesaria para practicar la caridad es resolverse a ser paciente cueste lo que cueste. Paciencia con todos y en todo; es preciso sufrir las flaquezas del prójimo, carácter, defectos, faltas, imperfecciones.

"He comprendido que la verdadera caridad consiste en soportar los defectos del prójimo, en no extrañarse de sus debilidades". Conocía el valor de este consejo que daba a las Novicias: "Cuando sintáis una violenta aversión hacia una persona pedid a Dios la recompense porque os ocasiona un sufrimiento. Este es el mejor medio de recuperar la paz". Si comprendiésemos el poder santificador de la paciencia reconoceríamos que las personas que nos hacen sufrir tienen derecho a nuestra gratitud.

Es defecto bastante común que, cuando vemos una culpa o equivocación en el prójimo, nos empeñamos en hacérselo ver. Veamos qué piensa la Carmelita de Lisieux de estas impacencias disfrazadas. "Querer persuadir a nuestras Hermanas de que son culpables, aun cuando esto sea cierto, no es buena táctica. No hemos de ser jueces de paz, sino ángeles de paz". Esta palabra, "ángel de paz", es muy evangélica, aun cuando no figure en el Evangelio. La joven Maestra de Novicias sabía por otra parte, que quienes desempeñan ciertos cargos, tienen el deber de reprender, de corregir, de orientar a las almas. Ella lo hacía. Pero ¡con qué delicadeza! A impulsos de su caridad, curaba y fortalecía a las almas enfermizas.

Práctica del Evangelio en el contacto con las mínimas circunstancias de la vida real, de la vida cotidiana; práctica del Evangelio, continua, ininterrumpida. Paciencia, comprensión con el prójimo: he ahí la caridad de Cristo.

15 - LA SENCILLEZ EN TERESA DE LISIEUX

"Si tu ojo fuere sencillo todo tu cuerpo estará iluminado".

La sencillez constituye la nota característica de la espiritualidad de Teresa del Niño Jesús. Sólo así podremos comprenderla y aprovecharnos de sus enseñanzas. Veamos, ante todo, qué es lo que Teresa excluyó en su vida espiritual. Procediendo por eliminación, comprenderemos mejor ese elemento simplicísimo que llamamos sencillez. Por un instinto sobrenatural, fue eliminando progresivamente de su vida: a) el artificio b) la complicación, c) la multiplicidad.

El artificio. En nuestra Santa, nada de amaneramiento ni de afectación, nada de previsiones calculadas. Recordemos sus palabras: "Los libros no me dicen nada: el Evangelio me basta". Todo lo artificioso le repugna. Otro pasaje que ya conocemos, aclara aún más esta idea: "A veces, cuando leo ciertos tratados en los que el camino de la perfección se presenta sembrado de obstáculos, mi espíritu se fatiga pronto; cierro el libro que me rompe la cabeza y me seca el corazón, y abro la Escritura Sagrada. Entonces todo me parece luminoso... la perfección me resulta fácil". Teresa ha comprendido cuánto estorba a las almas sencillas todo artificio; métodos rígidos, procedimientos ficticios, exámenes presentados a modo de un problema de matemáticas. Sin pretenderlo y sin sospecharlo siquiera, Teresa busca en las más puras fuentes de la Escritura, del Evangelio, el fundamento de una ascética que tiene su raíz en los orígenes del cristianismo y extiende su poder santificador a lo largo de tantos siglos. Su doctrina parece una invitación, y esta fue sin duda su misión. Sólo así puede comprenderse su "caminito". Teresa no rechazó de modo consciente los métodos arriba citados. Pero se sintió suavemente atraída hacia un camino más espacioso, más seguro; el trazado por Cristo en el Evangelio. Retengamos esta idea.

b) Tampoco hubo complicación en el camino de nuestra Santa; segunda nota negativa de su sencillez. "A las almas sencillas como la mía, les estorban las complicaciones". Nada de rebuscamiento en la práctica de la virtud. Jamás se preocupó de catalogar ni de señalar los diversos estados de oración, como tampoco le pasó por la mente la idea de dividir en múltiples etapas o grados la práctica de la virtud; de la humildad por ejemplo, o de la caridad.

c) Enemiga del artificio y de la complicación, no lo fue menos de la multiplicidad. Por instinto le repugnaba multiplicar sus prácticas. Discutían un día en su presencia sobre cuáles serían las prácticas que mejor conducen a la perfección. "No -dijo ella- la santidad no está en tal o cual práctica; consiste más bien en una disposición del corazón que nos hace humildes y manejables en manos de Dios". El mismo criterio tenía respecto a la multiplicidad en la intención. Una Novicia le manifestaba su pena de no saber renovar su intención y enderezar su voluntad con frecuencia. "Eso no es necesario - le dijo la Santa -, cuando el alma está enteramente entregada a Dios". Fijémonos en esta palabra, "enteramente entregada"; enseguida encontraremos que ella rezuma sencillez. Y añadió: " Recoged vuestro espíritu, pero suavemente, porque las "apreturas " no glorifican a Dios. El conoce las fórmulas con que

quisiéramos expresarle nuestro amor, pero se contenta con nuestro deseo. ¿No es acaso nuestro Padre? ¿No somos sus hijos?"

No le gustaba que sus Hermanas se dejaran llevar de la preocupación por su cargo y sus trabajos. "Os entregáis demasiado a esas ocupaciones", -decía-. Veía en ello una señal de ansiedad en su alma. La que Nuestro Señor censuró a Marta: "Te inquietas por muchas cosas". Tenía la persuasión interna y profunda de que sólo una cosa es necesaria. Persuasión profunda, sí, de que la unidad vivifica y fortalece, y que por lo tanto es menester recordar, entre la multitud de ocupaciones, que todo se debe reducir a la unidad, porque una sola cosa es necesaria.

Digámoslo una vez más; si Teresa multiplicaba sus pequeños sacrificios atenta a no desperdiciar ninguna ocasión, este cuidado no originaba en ella preocupación, inquietud o dispersión del espíritu; de ahí la paz, la libertad, la alegría y anchura de alma con que hacía sus pequeñas renunciaciones. Ya hemos visto cómo eliminó Teresa en su vida, y en su camino, todo artificio, complicación o multiplicidad.

¿Habremos de añadir que excluyó también lo extraordinario? Este último elemento no ocupa lugar en su santidad. Teresa supo entenderse con Dios. Los pocos incidentes, ligeramente extraordinarios que presenta su vida, son de carácter pasajero y accidental, y ésta se mantiene en la región de los detalles ordinarios, comunes a toda vida religiosa. Y si hay algunos hechos que se salen de lo corriente, preciso es no exagerarlos. Yo me inclinaría más bien a quitarles importancia. Me parece la mejor manera de secundar los planes de Dios, que ha querido presentarnos en Teresa un modelo de santidad en su forma más ordinaria, más sencilla.

Teresa, ya lo hemos apuntado, estaba de acuerdo con Dios. Habiendo excluido y eliminado tantos elementos, podemos ya decir en concreto qué es la sencillez, o cómo la entiende Teresa. ¿Qué vemos en ella? Un alma dominada por un solo deseo; el de agradar en todo a Dios. Alma sinceramente entregada a este ideal, y por consiguiente, actuando siempre a impulsos del mismo. He ahí "el alma entregada" de que nos habla Teresa, que no necesita por lo tanto rectificar constantemente su intención. Alma entregada; pero ¿a quién? Al Espíritu Santo; entregada por el deseo de amar al Amor infinito que quiere volcarse en ella. El alma que vive en esta disposición es libre; se siente dilatada, desligada de las dificultades y trabas que ocasionan la afectación, la complicación, la ansiedad, etc.

En eso consiste la sencillez; el alma sólo tiene un movimiento, una tendencia, un propósito, una ocupación; amar y agradar a Dios su Padre; deseo tan sincero y profundo como sencillo. La originalidad de Teresa consiste, en que, apoyada en el Evangelio, considera que la sencillez no es sólo el término de la santidad, sino también su punto de partida. Por eso, su camino el que ella llama, "caminito" o vía de Infancia, es accesible a todas las almas sinceras y rectas. Teresa trata de infundir en las almas la sencillez. Les dirá que todo se reduce a un deseo, uno solo; deseo muy sencillo y libre de rebuscamientos, de amar a Dios sinceramente, lo cual reducido a la práctica consiste en querer siempre lo que a El le agrada.

¿Podremos decir que con eso el alma ha conseguido la sencillez? Evidentemente que no; pero ha adquirido al menos la simplicidad de miras, la rectitud de intención. Ha entrado en el camino de la sencillez por la sencillez. Tiende a la simplicidad del término por la simplicidad de la intención y por la simplicidad del camino. En resumen, el camino que conduce a la santidad es el de un progreso constante, continuo, por la vía de la sencillez. En los comienzos, ésta sólo residirá en la intención, y en el deseo de alcanzarla, pero impulsada por ese deseo inicial, el alma se irá liberando progresivamente de toda complicación por la vía de los pequeños sacrificios y de la renuncia total. Así, poco a poco, llegará a la sencillez perfecta, la sencillez de los Santos.

En definitiva todo se reduce al "oculus simplex" del Evangelio; ojos sencillos, mirada del corazón, limpia de intenciones torcidas. La sencillez exterior en los modales, actitudes, lenguaje, etc., será un reflejo de la sencillez del corazón; sin ella, el exterior no será sino fachada, exenta de sencillez. Adquirida esta virtud, el alma entra en posesión de la verdad y de la sencillez evangélica. Se comprende la palabra de la Santa: "El Evangelio me basta". La víspera de su muerte pudo decir: "Lo único que vale es el Amor". Esa es la esencia del Evangelio.

16 - LA OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

¡Oh Dios mío, Trinidad Beatísima... Me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor Misericordioso". Nada mejor para terminar que comentar la ofrenda de Teresa al Amor Misericordioso. Este acto parece admirable; admirable en su sencillez, sinceridad y plenitud. En él está compendiado el camino de Teresa; su deseo de amar, humilde y confiado, sostenido por su fe en el Amor Misericordioso.

Unas palabras aclaratorias. Teresa se ofrece, no a la Majestad Divina sino al Amor; no como víctima a la Justicia Divina, sino a su Amor Misericordioso. Expliquemos estos dos conceptos; Amor Misericordioso. En concreto, ¿qué significa este acto? Es sencillamente la expresión más adecuada, la palabra más indicada para manifestar el deseo de amar a Dios y agradecerle en todo.

Cuando este deseo despierta en un alma y ésta se deja invadir por él, se siente impotente para amar. Y se resuelve a aprovechar todas las ocasiones u oportunidades de sacrificarse para agradar a Dios; toda su vida se orienta en este sentido. Y no pudiendo satisfacer cumplidamente sus inmensos deseos, acaba por ofrecerse. Y ¿a quién se ofrece? ¿A la santidad para reparar? No. ¿A la justicia para satisfacer? Tampoco. Al Amor para que se vuelque en ella.

¡Qué bien comprendió el corazón de Dios! Dios es Amor, dice San Juan. Tiene sed de ser amado y experimenta la necesidad de comunicarse y de ser correspondido. Y la criatura reconociendo su nada, exclama: "¡Oh Amor, haced en mí lo que os plazca, venid a mí, para que Vos mismo os améis en mí con vuestro Amor infinito!".

Esto es lo que hizo Teresa. Viéndose pobre e impotente para amar, no ofreció a Dios su amor. Le ofreció su indigencia para que sobre ella volcara El su Amor. Sabía que el deseo Divino de comunicarse a nosotros es infinitamente mayor que nuestro deseo de recibirle. Así pues, sencillamente, para demostrar a Dios que le comprende, y para complacerle, le muestra el vacío de su pobre corazón creado, y le abre de par en par las puertas de su alma presentándosele como vaso vacío para que El lo llene; en una palabra, se ofreció al Amor.

Teresa sintió profundamente la palabra de San Pablo: "La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado". Esta ofrenda es en realidad una petición; la más desinteresada, la más pura, la más sobrenatural que darse puede. Al ofrecerse, Teresa pide a Dios quiera complacerse a Sí mismo, satisfaciendo en ella su sed infinita de ser amado. Teresa comprendió que ahí está la esencia de la oración que siempre encuentra eco en el Corazón de Dios: "Aquél que penetra a fondo los corazones, conoce bien qué es lo que desea el Espíritu; el cual no pide cosa alguna para los Santos, que no sea según Dios".

En esta sencilla ofrenda, exenta de fórmulas y de peticiones, se pide más que en cualquiera otra oración concreta; se pide, "al modo divino". Y al ofrecerse, Teresa deja a Dios, en cierto modo, el camino expedito, para que su Amor Infinito pueda, en cuanto cabe, satisfacer en ella su ansia incontenible de ser amado. En verdad que nuestra Santa

comprendió a Dios mejor que muchos teólogos que creen conocerle. Le comprendió por intuición, con humildad, sencillez y candor. Y reconoció que aquél su deseo de amar, provoca, en cierta manera al Amor Infinito, al mismo Dios para que colme su deseo de ser amado hasta el fin, si es que se puede hablar de límite en este deseo divino. Su acto de ofrenda no tiene otra explicación.

Pero hay más todavía. ¿Qué es lo que se interpone con frecuencia entre las almas y el acto de amor puro? Esta vulgar objeción: "Esto es demasiado hermoso para mí; no he llegado al nivel necesario para vivir de amor, no soy digna". Teresa ha previsto esta dificultad. Siempre deseosa de animar a las almas pequeñas, añade en su ofrenda al Amor, una palabra importante y decisiva; la palabra, "Misericordioso". Esto es infinitamente alentador y evangélico.

Sin peligro de ilusión, hemos de ver en nuestras miserias e imperfecciones, no una razón en contra, sino un motivo para entregarnos al Amor, puesto que es "Misericordioso". Se comprende que nos juzguemos indignos de ofrecernos como víctimas a la Justicia Divina. Pero aquí se trata de ofrecerse al Amor. Se le ofrece la miseria, que es el objeto propio de la Misericordia, y cuanto más abunda esta miseria, mayor es la aptitud del sujeto para la manifestación de la Misericordia Infinita.

Podemos pues, ofrecer osadamente nuestras miserias a la Misericordia que necesita de ellas para tener en qué ejercerse, y mejor manifestarse. Una vez más hemos de reconocer que Teresa ha comprendido a Dios. Sus designios al crear el mundo actual, (incluido el pecado y sus consecuencias) no han sido otros que manifestar y glorificar su Amor, en cuanto es infinitamente Misericordioso. Nuestro orgullo se resiste a creerlo prácticamente. Ofrecer a Dios nuestras miserias es glorificarle, es complacerle, es ofrecerle una ocasión de manifestar el atributo de la Misericordia que tanto le glorifica.

Ofrecer a Dios las propias miserias es sentirse liberado y curado de ellas, no por nuestro mérito sino por el Amor de Dios que gusta de manifestarse tal cual es; es decir, Misericordioso. Este es ordinariamente el único medio de liberarnos de nuestras tenaces y múltiples miserias. Preciso es confesarlo; existen cantidad de imperfecciones obstinadas, sutiles, casi imperceptibles, que a pesar de nuestros esfuerzos, de nuestro trabajo y de nuestros sinceros propósitos, no llegamos a corregir, cuanto menos a extirpar.

No queda más camino que confiar en la Misericordia de Dios y esperarlo todo de su Amor Infinito y siempre Misericordioso. Es nuestro último recurso que siempre resulta infalible. La ofrenda al Amor Misericordioso es pues el remedio supremo de nuestras miserias.

La miseria se fía de la Misericordia. ¿De qué medio se valdrá el Amor Misericordioso para liberarnos de ella? ¿Pruebas? ¿Penas interiores o exteriores? No nos preocupemos; fiémonos del Amor Misericordioso. Si El quiere realizar su obra por medio del sufrimiento, ¡bendito sea! Pero no es a la Justicia sino a la Misericordia a quien nos ofrecemos. Y posiblemente, Dios no espera sino este acto, esta ofrenda para llevar por los caminos del Amor, muy alto y muy lejos, a muchas almas temerosas que se sienten incapaces o indignas de caminar por esa senda, a causa de sus miserias.

Creo que esta palabra, "Misericordioso", debe meditarla despacio pidiendo al Espíritu Santo ilumine nuestra alma. En esa palabra, en efecto, está toda la fuerza y el sentido de esta ofrenda. Así lo entendió Teresa: " Sabed que para ser víctima de Amor, cuanto más débil y miserable es un alma, tanto más apta es para las operaciones de este amor que consume y transforma. El sólo deseo de ser víctima basta, pero el alma ha de consentir en permanecer siempre pobre y débil, y esto es lo difícil".

Quien se ofrece con humildad (condición indispensable) al Amor Misericordioso, será elevado por ese Amor Omnipotente, que se deja cautivar por la miseria del alma humilde que en Él pone su confianza. El rasgo genial de Teresa ha sido inspirar a las almas pequeñas la audacia, la osadía, el deseo de amar a pesar de la propia miseria; más aún, sacando de la misma un derecho al Amor Misericordioso. ¿No es esta la misma entraña del Evangelio? ¿No vino Cristo para que los pequeños, los miserables, los humildes se sintieran invitados al amor?

La mejor manera de responder a esta invitación es, que el alma, consciente de su nada, se ofrezca al Amor Misericordioso, con la seguridad de que, por pura Misericordia, volcará en ella las oleadas de su Amor. Este sentimiento fue el que inspiró a Teresa la idea audaz, atrevida, de ofrecerse como víctima al Amor Misericordioso. ¡Comprendió el Evangelio porque creyó!

Volvamos ahora al Carmelo de Lisieux, en la fiesta de la Santísima Trinidad, 9 de Junio de 1895, Representémonos a Teresa del Niño Jesús en el momento de realizar su ofrenda como víctima de holocausto al Amor Misericordioso. Nos parece ver su alma inundada de paz. Paz que es fruto de su humildad, de su serena Fe en el Amor Misericordioso, de su confianza inquebrantable, de su inmenso deseo de amar.

Procuremos como ella obtener esta paz. Creamos en el Amor de Dios. Confianza. Humildad. Deseo de amar. Es el "Caminito" de nuestra Santa. Y una vez más: es la esencia del Evangelio.